

SOCIALISMO Y ESPIRITISMO

León Denis

1ª edición digital

27.01.2006 versión completa

Federación Espírita Española

<http://www.espiritismo.es>

<http://www.espiritismo.cc>

info@espiritismo.cc

*Título del original francés “Socialisme et Spiritisme” París, 1924.
Traducido por Héctor Centrón de la versión portuguesa de Wallace Leal V. Rodrigues,
realizada para la Casa Editora O Clarim, San Pablo – Brasil.*

*1ª edición digital 27.01.2006 extraída de la edición en español de la Fundación Espírita Allan
Kardec – Editora Argentina 18 de Abril.*

*Federación Espírita Española
Página web: <http://www.espiritismo.es>
Contacto: info@espiritismo.cc*

ADVERTENCIA AL LECTOR

El llamado proceso de **globalización** que vive el mundo en estas últimas décadas del siglo 20, podrá inducir a muchos a pensar que este libro postrero de Denis es falto de actualidad, dado que el Socialismo -al que se refiere y analiza imparcialmente su autor- es cosa superada por el Capitalismo en esta fase denominada hoy Neoliberalismo. Pero no es así, puesto que a la **globalización** podemos entenderla como el cumplimiento de lo que dice previsoramente el Codificador en el capítulo XVII:32 de su obra **La Génesis...**: "La unidad se logrará en religión como tiende a realizarse en los *órdenes social, político y comercial* mediante la caída de las barreras que separan a los pueblos y por la asimiliación de los hábitos, las costumbres y el uso de la lengua". Es decir que, "por la fuerza de las cosas" -expresión que emplea Kardec en este mismo parágrafo y muy frecuentemente en el resto de sus demás libros-, vamos hacia esa unidad que adopta en este momento la forma llamada de **globalización**, que otros sociólogos, pensadores y políticos han calificado, en sus distintos períodos, de los nacionalismos (como el caso que Juana de Arco inició en Francia, ver el capítulo 13 del hermoso libro que sobre ella escribió Denis); el período de los regionalismos (como el actual del Mercosur que están experimentando inicialmente cuatro países de nuestra América del Sur) y el de los continentalismos, proceso que se ha iniciado en Europa, para alcanzar -como preveía Kardec- la unidad de la humanidad en todos los órdenes, sin que ello sea una planificación o intención deliberada del hombre, sino que obedece a lo prefijado por las leyes naturales, que son las que conducen el proceso de la evolución, como nos lo dicen Kardec y Denis, por no mencionar sino a espíritus.

Pero este movimiento de la **globalización** se ve afectado igualmente por todos los vicios fundamentales que condujeron al fracaso a los distintos sistemas sociales a través de los tiempos y que son, como sabemos, los del orgullo y el egoísmo, a los que hace una severa crítica Léon Denis partiendo de las revolucionarias concepciones del Espiritismo fundamentadas sobre el conocimiento científico, filosófico y religioso en cuanto a la dimensión espiritual e inmortal del Ser, encarnado y desencarnado, y de las leyes que rigen su evolución eterna a través de las vidas sucesivas, o reencarnaciones, en esta y las demás moradas del Universo.

Sintetizando: Este libro es de suma actualidad y vigencia, y más, nos animamos a decir que él será mejor valorado en los tiempos nuevos que se avecinan, dado que él trasciende las limitaciones de las formas y los conocimientos actuales del saber oficial, afectado por preconceptos culturales arcaicos y misoneístas, y se expresa sobre la necesidad de instaurar la verdadera educación, la única capaz de transformar los

caracteres, la cimentada sobre la base de la moral científico-evangélica del Espiritismo: única vía posible de salir de este atolladero que detiene el avance del progreso moral.

Por ello es, también, que esa admirable obra mediúmnica recibida por Pietro Ubaldi: La **grande síntesis**, dice en el capítulo XCVII: "**Se creyó únicamente en los cambios de sistemas y no se vio que la sustancia decisiva es la maduración del hombre**".

Y ése es, precisamente, el objetivo fundamental al que apunta la tarea específica de la Doctrina de los Espíritus en su afán de aportar su esfuerzo y dedicación por resolver -en forma indirecta- los tremendos problemas sociales, políticos y culturales que son efecto de una deficiente educación del ser humano, deficiencia educativa que, a su vez, es la resultante del fracaso estrepitoso de los credos religiosos, las filosofías y las ciencias que no han demostrado capacidad para resolver racional y científicamente el problema máximo del hombre: **qué somos, de dónde venimos y adónde vamos**.

Y en ello radica la importancia capital de este libro de Denis, que nos demuestra la fuerza moralizadora y renovadora del Espiritismo en estos tiempos de transición que vivimos.

FUNDACIÓN ESPÍRITA ALLAN KARDEC

Buenos Aires, agosto de 1997.

LA TEMÁTICA DE ESTE LIBRO ANTEVISTA POR ALLAN KARDEC EN LA CODIFICACIÓN ESPÍRITA

"Puesto que el progreso es una condición de la humana naturaleza, nadie tiene poder para oponérsele. Es una *fuerza viva* que las malas leyes pueden retrasar, pero no ahogar. Cuando esas leyes se tornan incompatibles con él, el mismo progreso las arrasa, junto con todos aquellos que se esfuerzan por mantenerlas vigentes, y así seguirá ocurriendo hasta que el hombre haya puesto sus leyes de acuerdo con la justicia divina, que desea el bien para todos y no admite leyes sancionadas por el fuerte en detrimento del débil" (*El Libro de los Espíritus*, parágrafo 781a.).

"El hombre no puede permanecer para siempre en la ignorancia, porque debe llegar a la meta que la Providencia le señala. Así pues, se va ilustrando por la fuerza misma de las circunstancias. Las revoluciones morales, como las sociales, se infiltran de manera paulatina en las ideas, germinan durante siglos y después estallan de súbito y hacen que se desplome el carcomido edificio del pasado, que no armoniza ya con las nuevas necesidades y las aspiraciones también nuevas.

"Con frecuencia el hombre no ve en esas conmociones más que la confusión y el desorden momentáneos que lesionan sus intereses materiales. Pero aquel que eleva el pensamiento por encima de su propia persona admira los designios de la Providencia, que del mal hace surgir el bien. Es la tempestad que purifica la atmósfera después de haberla agitado" (*El Libro de los Espíritus*, parágrafo 783).

"Todo es armonía en la Creación; todo revela una previsión que no se desmiente ni en las cosas pequeñas ni en las grandes. En principio, debemos apartar toda idea caprichosa inconciliable con la sabiduría divina; y en segundo término, si nuestra época está marcada para el cumplimiento de ciertas cosas, es porque tienen su razón de ser en la marcha general del conjunto.

"Una vez sentado este principio, diremos que nuestro planeta, así como todo lo que existe, está sujeto a la ley del progreso. Progresa físicamente por la transformación de los elementos que lo componen y, moralmente, por la depuración de los Espíritus encarnados y desencarnados que lo pueblan. Estos dos progresos se relacionan y avanzan paralelamente, puesto que la perfección de la habitación está en relación con la del habitante.

[...] "Ese doble progreso se verifica de dos modos: el uno, lento, gradual e insensible; el otro, caracterizado por cambios más bruscos, con cada uno de los cuales se opera un movimiento ascensional más rápido que marca con

caracteres ostensibles los períodos progresivos de la humanidad. Esos movimientos, subordinados en los detalles al libre albedrío de los hombres son, en cierto modo, fatales en el conjunto, porque se encuentran sometidos a leyes, como los que se operan en la germinación, crecimiento y madurez de las plantas; por ese motivo el movimiento progresivo es a veces parcial, es decir, limitado a una raza o nación, y otras es general.

"El progreso de la humanidad, de acuerdo con lo dicho, se efectúa en virtud de una ley; ahora bien, como todas las leyes de la Naturaleza son obra eterna de la sabiduría y presciencia divinas, todo lo que es efecto de esas leyes es el resultado de la voluntad de Dios y no de una voluntad accidental y caprichosa; es el producto de una voluntad inmutable. Por lo tanto, desde el momento en que la humanidad está madura para ascender un grado, se puede establecer que los tiempos señalados por Dios han llegado, como se puede decir también que tal estación ha llegado por la madurez que se observa en los frutos.

"Porque el movimiento progresivo de la humanidad sea inevitable, en razón de que está en la Naturaleza misma, no se infiere que Dios sea indiferente a él, y que después de haber establecido leyes haya vuelto a la inactividad, dejando las cosas seguir su curso por sí solas. Sus leyes son eternas e inmutables, no hay duda, así como su voluntad también es eterna y constante y su pensamiento anima todas las cosas sin intermisión. Este pensamiento divino, que todo lo penetra, es la fuerza inteligente y permanente que mantiene en armonía al Universo. Si este pensamiento dejara de actuar un solo instante, el Cosmos podría compararse a un reloj sin péndulo regulador. Dios vela constantemente por la ejecución de sus leyes, y los Espíritus, que pueblan el Espacio, son sus ministros encargados de los detalles, conforme con las atribuciones inherentes a su grado de adelanto".

[...] "La humanidad ha realizado hasta hoy indiscutibles progresos; los hombres, gracias a su inteligencia, han obtenido resultados jamás alcanzados en lo que respecta a la ciencia, el arte y el bienestar general; pero les queda aún por realizar un inmenso progreso: *hacer reinar entre sí la caridad, la fraternidad y la solidaridad para asegurar el bienestar moral*. No podían lograrlo con sus creencias, ni con sus instituciones vetustas -vestigio de otra edad-, adecuadas a una cierta época, suficientes para un momento de transición, pero que, habiendo dado ya lo que podían dar, resultarían hoy una rémora. No es sólo el desarrollo intelectual lo que el hombre necesita, requiere elevación de sentimientos, lo cual, para lograrlo, es menester destruir en él todo lo que pueda sobreexcitar el egoísmo y la soberbia.

"Tal es el período en el que vamos a entrar y que señalará una de las más importantes fases de la humanidad. Esta etapa, actualmente en elaboración, es el complemento necesario del estado precedente, así como la edad viril

es el complemento de la juventud; podía, por lo tanto, ser prevista y predicha de antemano, y es esa la razón por la que se dice que los tiempos señalados por Dios han llegado.

"En esta ocasión, no se trata de un cambio parcial, de una renovación circunscripta a una nación, a un pueblo, a una raza; se trata de un movimiento universal que se opera en beneficio del *progreso moral*. Tiende a establecerse un nuevo orden de cosas, y los mismos que a ello se oponen con más empeño, coadyuvan a él sin saberlo. La generación futura, libre de las escorias del viejo mundo y formada por elementos más puros, estará animada por ideas y sentimientos muy diferentes de los que nutren a la generación actual, que se va a pasos agigantados. El viejo mundo habrá muerto y vivirá en la historia, como sucede hoy con la Edad Media y sus costumbres bárbaras e ideas supersticiosas.

"En cuanto a lo demás, sabemos que el orden de cosas actual deja aún no poco que desear; después de haber agotado, en cierta manera, los mayores logros en cuanto al bienestar material, producto de la inteligencia, se llega a comprender que el complemento de ese bienestar sólo puede hallarse en el desarrollo moral. Cuanto más se avanza, más se siente lo que falta, sin poder, no obstante, definirlo claramente: es el efecto del trabajo íntimo que se opera para la regeneración; se tienen deseos y aspiraciones que son como el presentimiento de un estado mejor.

"Pero un cambio tan radical como el que se está elaborando no puede llevarse a cabo sin perturbaciones; hay una lucha inevitable en las ideas. Ese conflicto originará forzosamente perturbaciones temporarias, hasta que el terreno haya sido desbrozado y el equilibrio restablecido. Los graves acontecimientos anunciados surgirán de esa lucha de ideas y de ningún modo de cataclismos o catástrofes puramente materiales. Los cataclismos generales eran consecuencia del estado de formación de la Tierra; *hoy ya no se agitan las entrañas del globo, sino las de la humanidad*" (*La Génesis, los Milagros y las Profecías según el Espiritismo*, XVIII:2, 3, 5, 6 y 7).

La civilización completa y la incompleta

"¿Por cuáles signos podemos reconocer a una civilización completa?

"-La reconoceréis por su desarrollo moral. Os creéis muy adelantados porque habéis hecho grandes descubrimientos y maravillosas invenciones; porque estáis más confortablemente alojados y mejor vestidos que los salvajes; pero sólo tendréis de veras el derecho de llamaros civilizados cuando hayáis desterrado de vuestra sociedad los vicios que la deshonran, y cuando viváis juntos como hermanos, practicando la caridad cristiana. Hasta entonces, no seguiréis siendo otra cosa que pueblos instruidos que sólo recorrieron la primera fase de la civilización" (*El Libro de los Espíritus*, parágrafo 793).

"Como todas las cosas, la civilización tiene sus grados. Una civilización incompleta es un estado de transición que engendra males particulares, desconocidos en el estado primitivo. Pero no por eso dejan de ser un progreso natural y necesario, que lleva consigo el remedio para los males que engendra. Conforme la civilización se va perfeccionando elimina algunos de los males que ha engendrado, y con el progreso moral desaparecerán esos males por completo.

"De dos pueblos llegados a la cumbre de la escala social, sólo podrá considerarse el más civilizado -en la verdadera significación de la palabra- aquel de ellos en que se encuentre menos egoísmo, avidez y orgullo. Aquel cuyos hábitos sean más intelectuales y morales que materiales. Aquel donde la inteligencia puede desarrollarse con mayor libertad. Donde haya más bondad y buena fe, más benevolencia y generosidad recíprocas. Donde los prejuicios de casta y de nacimiento estén menos arraigados, puesto que son ellos incompatibles con el verdadero amor al prójimo. Donde las leyes no consagren privilegio alguno y sean las mismas para el último como para el primero de los hombres. Donde la justicia sea ejercida sin ninguna parcialidad. Donde el débil encuentre siempre apoyo del fuerte, y la vida del hombre, sus creencias y opiniones sean mejor respetadas. Donde, por último, haya menos desdichados y todo hombre de buena voluntad esté siempre seguro de no carecer de lo necesario" (Allan Kardec, *El Libro de los Espíritus*, nota del parágrafo 793).

"...la cuestión social en sus relaciones con el Espiritismo absorbió la atención del infatigable anciano. El año 1924 lo dedicó por completo a ese estudio, cuyos materiales debían darle elementos para una nueva obra*.

"Tales artículos contienen puntos de vista muy penetrantes sobre un sistema económico y político que tiende a la regulación racional de la democracia. El Socialismo que Denis preconiza se confunde con el de Jean Jaurés, enteramente impregnado de idealismo y de un sentimiento hondamente humano. [...]

"De ahí que, en conjunto, el Socialismo encomiado por el gran tribuno sea mejor que un sistema que reglamente los medios de producción y cambio. Constituye, ante todo, la puesta en práctica de una alta concepción del Derecho y la justicia: esa concepción que a través de las civilizaciones el género humano persigue, bajo la influencia más o menos claramente sentida de dicho ideal".

GASTON LUCE

León Denis, el Apóstol del Espiritismo, cap. 4 "La Vejez"

* Ver *La Revista Espírita*, año 1924.

PREFACIO DE LA EDICIÓN BRASILEÑA

No conozco el texto original de Léon Denis que sirvió de base a la presente traducción de Wallace Leal Rodrigues, e igualmente no encontraba motivo para este análisis que me fue solicitado por ese dedicado compañero de la Doctrina. Además, sus observaciones y notas al pie de página ya habían aumentado sobremanera el volumen en relación al texto original e incluido datos históricos y biográficos de importancia sobre la materia.

Es de destacar, sin embargo, inicialmente, que el trabajo de Léon Denis sobre *Socialismo y Espiritismo* fue concebido cuando aún no se conocían los principales experimentos políticos realizados con las teorías de Engels, Marx y Lenin, como tampoco las distorsiones de los conceptos e incluso del contenido.

Pero lo primero que es preciso resaltar es lo referente a las diversificaciones del Socialismo, dado que, deformado en su análisis y aplicación, ha servido de cobertura a las estructuras del Estado, que no corresponden a su realidad doctrinaria.

El Cristianismo se fundamenta en los principios socialistas (o éstos en aquél), en lo relacionado con la forma de organización de la sociedad.

Allan Kardec en sus *Obras Póstumas*, capítulo "Las Aristocracias", analiza el proceso de socialización del poder, en perfecta consonancia con lo que consta en su libro *La Génesis...*, I:8, en que hace esta manifestación tan cercana a la de Marx: "Desgraciadamente, en todas las épocas las religiones han sido instrumentos de dominación".

El extraordinario creador de Sherlock Holmes, Arthur Conan Doyle, afirmaba en su libro *La Nouvelle Révélation* (La Nueva Revelación), edición Payot, París, 1919: "El hombre es libre en la medida en que pone sus actos en armonía con las leyes universales. Para reinar el orden social, el Espiritismo, el Socialismo y el Cristianismo deben darse las manos; del Espiritismo puede nacer el Socialismo idealista"¹.

Hijo de un maestro de obras, ya a los doce años de edad trabajaba Léon Denis, por cambio de trabajo de su padre, en la desoxidación o limpieza del cobre en la Casa de la Moneda de Burdeos. Esa ruda tarea le hacía sangrar los dedos al cortar las láminas de ese metal.

Ese origen obrero fue decisivo, quizá, para marcar el sentido social de su vida, incluso porque hasta la visión deficiente fue consecuencia del esfuerzo nocturno realizado con el estudio, ya que durante el día trabajaba ayudando a su familia.

Con raíces obreras, pudo más tarde dedicarse al movimiento cooperativista y al servicio solidario con la enseñanza.

¹ Hay versión española editada por la Fundación Espírita Allan Kardec en 1997, con el título de *La Nueva Revelación: El Espiritismo*.

Por estas razones no le fue difícil comprender -conforme expone en este trabajo- que "Espiritismo y Socialismo están unidos por lazos estrechos, dado que aquél ofrece a éste lo que le falta, esto es, el elemento de la sabiduría, de la justicia, del equilibrio, las grandes verdades y el noble ideal sin el cual éste corre el riesgo de permanecer impotente o el de sumergirse en lo tenebroso de la anarquía". Y reforzó esa afirmativa acentuando que "el Socialismo podrá convertirse en una de las fuerzas que llevará a la humanidad hacia destinos mejores".

El logro de un nuevo orden social en que el hombre no sea el lobo del hombre, sino su hermano, es el sueño que persigue toda la humanidad.

Ningún ciudadano de sentimientos acordes con los principios del Cristianismo puede aceptar, sin una justa reacción, las disparidades sociales y económicas que se observan entre la existencia de riquezas fabulosas -en general mal ganadas y mal utilizadas- junto a comunidades de menesterosos que no tienen lo más esencial para sobrevivir.

Kardec, en sus *Obras Póstumas*, capítulo intitulado "Libertad, Igualdad, Fraternidad", así como en *El Libro de los Espíritus*, resalta lo siguiente:

"Destruid en las leyes, en las instituciones, en las religiones y en la educación todos los últimos vestigios de los tiempos de la barbarie y de los privilegios, así como todas las causas que provocan y desarrollan esos eternos obstáculos al verdadero progreso, los cuales se viven desde la infancia y se aspiran por todos los poros en la atmósfera social. Recién entonces los hombres comprenderán los deberes y beneficios de la fraternidad y se establecerán por sí solos, y sin peligros, los principios complementarios de la igualdad y la libertad".

Estaba seguro Kardec de que llegaremos a esa fase de justicia social, con libertad e igualdad, por lo que en un párrafo siguiente del mismo libro y capítulo citados, nos manifiesta su convicción de que la alcanzaremos:

"Su aspiración a un orden de cosas más justo es un signo de esa posibilidad. A los hombres progresistas corresponde el deber de activar ese movimiento por el estudio y la puesta en práctica de los medios más eficaces para ello".

Esa comprensión de los cambios de la estructura del mismo orden social está profundamente sobreentendida en el contenido de la Doctrina Espírita que se fundamenta en la justicia de la reencarnación, pero que atribuye al ser humano la tarea fraternal de auxiliar a su hermano, procurando eliminar las diferencias a través de una práctica social que posibilite cooperar con su semejante necesitado con los bienes que él posee.

Los dogmas, que han envejecido, expresan la necesidad de otra vivencia, por lo cual, la revolución que trajo el Cristianismo, conmoviendo los cimientos del poderío romano con la palabra afectuosa del Nazareno, tuvo

el mismo sentido de la revolución que el Espiritismo pregona, y que tiene por objeto la destrucción del egoísmo, llevando a los hombres la convicción de que nada poseen verdaderamente propio, ya que son meros depositarios de los bienes materiales y simples usufructuarios de la riqueza. De ese usufructo y de ese depósito habrán de dar cuenta en las reencarnaciones sucesivas.

No había violencia en la práctica de Jesús, aunque Él fuese claro y preciso con referencia a la riqueza en toda oportunidad que le era propicia para manifestarse.

Y los apóstoles siguieron sus pasos.

La misma Iglesia Católica procura actualizarse socialmente, como si hiciese una autocrítica por volver al Cristianismo primitivo. Sin embargo, tiene dificultades insuperables, dado que la estructura conservadora de muchos siglos es una barrera muy sólida que la separa de la vía socialista por disminuir las desigualdades flagrantes y las injusticias sedimentadas en el orden social vigente. La introducción de la encíclica *Mater e Magistra* siguió la línea de la *Rerum Novarum* y de la *Populorum Progressio*. Ya el Papa Pío XI denunciaba como principal vicio del capitalismo liberal el divorcio entre el orden económico-social y la moral, aunque no pudiese pasar la Iglesia de la palabra a la acción.

El problema no radicaba solamente en diagnosticar las raíces de la miseria y en condenar la voracidad del capitalismo, sino en procurar los caminos a seguir hacia esa justicia social, proscrita del planeta. Las dificultades se acumulaban, y la Iglesia no iba más allá del diagnóstico...

La conversión cristiana se tendría que producir con la revisión del episodio de Zaqueo, en su encuentro con Jesús, anulándose las injusticias practicadas con la restitución de los bienes y la renuncia a los privilegios que poseía.

Mientras la conversión de Zaqueo no se produzca con la vivencia de la enseñanza del Maestro, el orden establecido se conserva intocable y el compromiso con las iniquidades sociales y con las estructuras sedimentadas es reafirmado en todo momento.

No fue una advertencia vana la de Jesús al joven rico que trataba de seguirlo, para lo cual le recomendó abandonar sus bienes, como tampoco la observación hecha relacionada con el óbolo de la viuda, que fuera tan poco, pero que sin embargo fue la dádiva mayor, por cuanto mientras los demás habían dado lo que les sobraba, ella ofertaba lo que le hacía falta...

Tampoco fueron sin razón las lecciones que se repitieron demostrando que la riqueza debería estar al servicio de la comunidad, por cuanto el mal uso de la propiedad significa el que se creen mayores escollos para alcanzar el Reino de los Cielos. "Es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios" (*Mateo*, 19:24).

En el Deuteronomio, 15:4, se manifiesta el clamor para que no exista la mendicidad; en el *Levítico*, 25:34 a 37, se condena la usura y la ganancia, y en el mismo *Levítico*, 19:13, se reprueba la retención indebida del salario del jornalero.

Las lecciones del Cristianismo primitivo se conservan vivas y renacen en los principios de la Doctrina Espírita, que surgió, prácticamente, con la revolución industrial producida en Europa.

La sustitución de un sistema social por otro no fue una solución, puesto que lo que se muestra con evidencia es la necesidad de un orden social fundado en la fraternidad y en el amor al semejante.

Las mismas naciones ricas y ostentosas, a costa de la miseria del denominado tercer mundo, suministrador de las materias primas y azotado por un índice alarmante de mortalidad infantil, brinda a aquéllas la contribución de una mano de obra depreciada y deshonrada en un ambiente pletórico de enfermedades, de miseria y de hambre, en que el hombre no se diferencia del animal por el tratamiento que recibe.

Por esa razón Kardec comparó a los hombres con las naciones cuando advirtió que si ellas siguiesen el precepto de no hacer a las demás lo que no deseasen que les hiciesen, el mundo viviría en un clima de paz y de progreso.

"Vencido el egoísmo, será más fácil extirpar las demás pasiones que corroen el corazón humano", recuerda León Denis.

De hecho, el edificio social a ser instaurado por el Socialismo puede no excluir la totalidad de las iniquidades, dado que la condición humana no es perfecta, pero, sin duda, mucho significará para la estructuración de una sociedad menos injusta.

La constatación de esas iniquidades no ha sido hecha sólo por los espíritas que predicán un orden social más cristiano.

Los documentos más recientes de la Iglesia Católica ("*Subsidios para Puebla*", Documento N° 13 - Conferencia Nacional de Obispos Brasileños - Ediciones Paulinas, 1978, p. 8), son utilísimos en la constatación de esa realidad:

"Obsérvase en el continente latino-americano una exacerbación del conflicto entre opresores y oprimidos, debido a una situación de angustiante iniquidad social.

"El inicuo reparto de las rentas viene propiciando un peligroso enfrentamiento de las clases sociales.

"La posesión de los medios de producción se concentra en los grupos poderosos o del Estado, al mismo tiempo que se acelera la desnacionalización de las economías nacionales por el dominio creciente de las multinacionales".

La revolución que significa el Espiritismo es más profunda, puesto que penetra en las bases del comportamiento humano e implica una revisión de

los principios morales, sin la cual la revisión jurídica, económica y social no sería lograda con eficacia.

Pero debemos entender que el Socialismo no puede consistir en una fórmula artificial que deba ser impuesta dictatorialmente en tal o cual país, en uno u otro continente.

Partiendo de lo fundamental, comprendiendo al Socialismo como una reacción de la colectividad contra el predominio de los intereses individuales o grupales, tendremos que admitirlo con las características propias de cada comunidad, a efecto de no copiar ejemplos impropios con la realidad de cada nación.

Una incursión por la historia nos hace pasar por el Socialismo de Platón, Tomás Moro, Campanella, Engels, Marx, Lenin, etcétera, pero las contradicciones, que pueden llevarnos exactamente a lo contrario de lo que se persigue, están en las limitaciones puramente económicas de las fórmulas y del análisis.

El Espiritismo agrega otro elemento al Socialismo, distinguiéndolo de las demás fórmulas, aunque reconoce que Platón no sólo aplicó el método psicológico para explicar el surgimiento del Estado en razón de las necesidades del hombre, sino que advirtió también de los riesgos de la multiplicación de esas necesidades. Esa fue, exactamente, la razón por la cual, al nacer el comercio y crearse el dinero, el hombre se acostumbró a los excesos y al lujo y, con ello, advino la ganancia, con lo que se complicó la estructura primitiva del Estado. En consecuencia, la pobreza y la riqueza se vieron en la imperiosa necesidad de convivir, lidiando a través de los tiempos. Manifiesta Platón que, al llegar a tal estado, la paz interior desapareció y "hasta el Estado más pequeño se dividió en dos partes distintas: el Estado de los pobres y el de los ricos, que se hostigan".

El Espiritismo, aunque comprenda y explique ciertos fenómenos sociales y económicos por medio de la ley de reencarnación, tiene que ser eminentemente revolucionario en el sentido de reivindicar los cambios de la estructura de la sociedad, combatiendo la concentración de la riqueza y la falta del sentido de fraternidad, que significan la conservación de los privilegios y de los excesos en el uso de los bienes.

Jesús, hijo de artesanos, enseñando con su propio nacimiento la grande lección evangélica de los simples y el amor a los pobres, fue un revolucionario por excelencia, pero no se transformó en un caudillo al servicio de grupos o partidos, dado que su misión trascendía las miserias del imperio romano y no podía perderse en el laberinto de las pasiones políticas y de las artimañas de la burocracia de la administración.

La vida de Jesús, así como la de los apóstoles y la población cristiana de Jerusalén, era la demostración práctica y real de las enseñanzas que predicaban la fraternidad y la vida comunitaria.

Es evidente que los tiempos son distintos y que con el progreso técnico y científico, la revolución industrial y los cambios sensibles en la forma de vida y de la convivencia social, no se podría reproducir la misma atmósfera y exigir de la comunidad actual que viviese como los apóstoles.

No obstante, los principios que fundamentaban aquella forma de vida, es decir, el sentido de cooperación y de solidaridad, el amor a los humildes y necesitados, la repartición de los bienes con el semejante, el predominio de los sentimientos sobre las ganancias, del amor sobre el odio, son inmutables en el transcurso de los siglos y señalan el verdadero sentido cristiano de la vida.

El Espiritismo no predica una novedad cuando hace un llamamiento a la vida simple y fraternal.

Personalidades inolvidables como San Vicente de Paul y San Francisco de Asís son, desde hace siglos, ejemplos imborrables de ese amor cristiano.

El fundador de la Orden de los Franciscanos era hijo de un rico comerciante, mas, sin embargo, en vez de heredar los bienes y la abundancia, obedeció al llamamiento de una voz interior que lo inclinó a servir a los pobres.

Y San Vicente de Paul tiene su biografía sintetizada en una frase que acostumbramos a reproducir por la belleza de la comparación: "En él, como en ciertas plantas en las cuales las flores nacen antes de las hojas, la caridad se manifestó antes de la razón".

Con todo, ¿cómo eliminar "las plagas de la propiedad privada", de que hablaba Tomás Moro en su *Utopía*?

Como continuidad histórica del Cristianismo, el Espiritismo, con su sentido evolucionista, marchó hacia el encuentro de los ideales socialistas y no tuvo ninguna duda en afirmar con Kardec que "Tiende a establecerse un nuevo orden de cosas, y los mismos que a ello se oponen con más empeño, coadyuvan a él sin saberlo" (*La Génesis...*, XVIII:6).

Mas ¿dónde estarían esas plagas de la propiedad privada?

Einstein (citado por Humberto Mariotti en su *Parapsicología y Materialismo Histórico - Hacia una doctrina social de la Filosofía Espírita*, Editorial Víctor Hugo, Buenos Aires, 1963), en una afirmativa constante en un artículo en la revista *Gauche Européenne*, París, enero de 1957, señalaba las siguientes causas:

"La anarquía económica de la sociedad capitalista, tal como ésta existe hoy, constituye, a mi juicio, la fuente real del mal".

Y proseguía Einstein:

"Por un cuidado de sencillez, llamaré en adelante *trabajadores* a todos aquellos que no comparten la propiedad de los medios de producción, aunque esto no corresponda al uso ordinario del término".

Para el Espiritismo, los bienes son concedidos en custodia y su usufructo evidencia valores espirituales que son acreditados a quienes comprenden que esos bienes no les pertenecen, ya que el hombre es un mero instrumento en el uso de la propiedad al servicio del conjunto social.

Debe haber sido ese el fundamento de Cosme Mariño para afirmar que "el Socialismo es un capítulo del Espiritismo", en su libro *Concepto espiritista del Socialismo* (Editorial Víctor Hugo, Buenos Aires, 1960).

Otro no habría sido, igualmente, el objetivo de Humberto Mariotti al escribir su libro *Parapsicología y Materialismo Histórico*, ya citado.

El Socialismo debe "promover las reformas más osadas, acelerando la evolución hacia la transformación", según la expresión de Léon Blum, concepto que no se aparta de aquel que entiende que el cristiano sincero y fiel a los orígenes del Cristianismo tiene que ser accesible a la renovación social y a las transformaciones sociales que nos conduzcan a una sociedad justa, como preconizó el Divino Maestro.

Para tal fin, son necesarios coraje, renuncia y sinceridad en los propósitos.

Jean Jaurès, en su *Discours à la Jeunesse*, de 1903, así lo reconocía: "Coraje es ir hacia lo ideal y comprender lo real... Es procurar la verdad y manifestarla; es no seguir la ley de la mentira triunfante y no hacer de nuestra alma, de nuestra boca y de nuestras manos el eco de los aplausos imbéciles y de los gritos fanáticos".

Hemos de reconocer que el capitalismo envejeció y que muchas han sido las modificaciones por las que pasó la sociedad.

Asistimos al surgimiento de los contratos laborales, eliminando el trabajo esclavo, aunque éste tenga vigencia aún después de la abolición de la esclavitud bajo otras formas sutiles; pero es innegable la reducción de las horas de trabajo, el seguro por desempleo, las licencias, el descanso semanal remunerado, etcétera.

Pero la sociedad capitalista, a su vez, reaccionó ante esas conquistas, confiando a los medios jurídicos las medidas legales que le permitiesen sobrevivir mediante la instauración de los monopolios, las multinacionales, las sociedades anónimas, los títulos de crédito, la garantía fiduciaria, las fortunas móviles... que permiten un sueño tranquilo con el secreto de los depósitos en los bancos suizos..., las quiebras que dejan a los arruinados más ricos que antes...

Esas adaptaciones para sobrevivir justifican afirmaciones como estas de Walter Lippmann y Nicholas Murray Butler, respectivamente (Walter Lippmann, *A cidade Nova*, 1938, págs. 32 y 329):

"El capitalismo moderno no habría podido desarrollarse si no existiese la sociedad por acciones.

"Las sociedades por acciones fue el mayor descubrimiento de los tiempos modernos, superior al del vapor y de la electricidad".

Sin embargo, existe un punto sobre el cual siempre se debate cuando se examina el tema de que fue objeto el trabajo de León Denis *Socialismo y Espiritismo*, es el relativo al materialismo histórico y a la interpretación del concepto económico como fundamental, así como al de la lucha de clases como esencia del marxismo.

Alemán de nacimiento, Marx, después de sus estudios en el colegio de su ciudad natal, prosiguió los mismos en las Universidades de Bonn y Berlín, radicándose en 1843 en París a fin de dedicarse al estudio del Socialismo con Arnold Ruge, en colaboración con el cual editó los *Deutsch-Französische Jahrbücher*, donde publicó los primeros estudios conocidos luego como marxistas, particularmente, *La crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*.

El concepto materialista de la historia no se conjuga con la Doctrina Espírita, puesto que, en tal aspecto, las posiciones son inconciliables.

Convencido de que la economía política constituye la base de la sociedad capitalista y que la actividad intelectual no es sino el reflejo de la evolución económica, Marx se dedicó enteramente a la profundización de esa materia. El concepto materialista de la historia, comprendido exclusivamente en tal sentido, habría de constituir la más grave divergencia, motivo de una imposible convivencia armónica entre el Socialismo y el Espiritismo.

Marx estaba preocupado con el elemento revolucionario de la historia y no con el origen de las cosas. Él negaba valor a la afirmación de los filósofos idealistas que decían que las transformaciones provenían, fundamentalmente, del espíritu o de la razón absoluta, puesto que concebía que ellas tenían origen en las condiciones materiales de la existencia.

Se mostraba más preocupado en localizar la realidad o la verdad social, pero la falla de su concepción del hombre radicaba en la exclusión del factor moral y espiritual.

Convengamos, sin embargo, que esa divergencia fundamental no puede invalidar todo un acervo de estudios de la interpretación económica de la historia, que él realizó con gran dedicación y buena fe.

Es suficiente a los espíritas, como a los demás espiritualistas, trocar esa falla de interpretación con la visión cristiana de los fenómenos.

En general, la lucha contra el marxismo ha sido hecha de un modo sectario, pues no se tiene en vista más que la defensa de los dogmas de ciertos grupos religiosos o de intereses de grupos económicos amenazados.

El marxismo trabaja sobre los hechos, por lo cual expresó realidades sociales y económicas, aunque le falta el importante sostén del *fenómeno espiritual* que Allan Kardec investigó y definió con precisión en su importante obra de codificación de la Doctrina de los Espíritus.

Sin el conocimiento del fenómeno espiritual, Marx rechazó la hipótesis del mundo incorpóreo, aversivo como era a los dogmas religiosos de su tiempo y a las mismas religiones por su profundo compromiso con las estructuras

sociales y económicas, lo que él consideró un importante factor de sumisión económica y social del hombre.

Marx consideraba al espiritualismo una irrealidad y lo responsabilizaba por su apoyo a los regímenes reaccionarios y conservadores.

Ignoró la esencia revolucionaria del Cristianismo y se negó a aceptar que los errores estaban en su distorsión y no en su esencia original.

Jules Moch, en *Socialisme Vivant* (Editora Robert Lafont, París, 1960), en uno de sus capítulos analiza la cuestión relativa al materialismo histórico. Señala Jules Moch el materialismo clásico de ciertos filósofos como irreconciliable con las doctrinas religiosas que distinguen al alma eterna del cuerpo perecedero, dado que, según esa escuela, la vida está indiscutiblemente ligada a la materia y, por ello, el alma sólo existe en el cuerpo y por el cuerpo.

De tal manera afirma que el materialismo histórico de Marx, es la tesis según la cual los fenómenos económicos constituyen el substrato de la vida de los grupos humanos y son ellos que la condicionan y ejercen una influencia predominante en la evolución social, política y moral del hombre, sin tener ninguna relación con el materialismo clásico.

Y destaca Jules Moch: "No debemos, además, llevar la teoría del materialismo histórico hasta sus últimas consecuencias; sería absurdo reducir toda la evolución de las sociedades a consideraciones económicas, así como negar la influencia de otros factores morales o humanos.

"El Socialismo moderno -prosigue- está lejos de ser un análisis apenas económico. Es mucho más que eso, pues tiende a permitir al hombre su libre expansión en todos los campos y liberarse de todas las opresiones económicas, políticas y espirituales. Es esencialmente una rebelión contra la injusticia, contra la *deshumanización* del hombre en una sociedad que reposa sobre el provecho sin trabajo, el apetito de la ganancia y del lucro. ¿En qué radicará la incompatibilidad de esta protesta con una creencia filosófica o religiosa? Por el contrario: el Socialismo y la religión no pueden chocar entre sí por el simple hecho de que sus campos de acción no se superponen. Las religiones, cuando tienen por miras moralizar la vida, tienden esencialmente a dar al hombre una esperanza después de la muerte; el Socialismo quiere liberar a la vida y no se preocupa ni con el origen ni con el destino final del hombre".

El libro de León Denis tiene la virtud de reactivar el debate en torno del Socialismo y el Espiritismo, permitiendo la continuidad de un análisis que juzgamos oportuno, especialmente ahora que el Partido Socialista, en Francia, al ser electo presidente de la gran nación latina su candidato, procurará establecer, sin la violencia de la revolución por las armas, las modificaciones viables para abrir camino al programa de socialización gradual y democráticamente, respetando la estructura pluripartidaria.

El impuesto sobre las fortunas -medida adoptada por el gobierno de Francia- es ya un paso importante para la mejor distribución de la renta, permitiendo utilizar parte del exceso de la concentración de bienes y capital en favor de los sectores más necesitados y desatendidos.

Debemos considerar la enseñanza de la Naturaleza que nos brinda todo con la esencia de la vida sin cobrarnos por el aire que respiramos, por la lluvia que alimenta los campos y hace fluir los ríos, por la luz que nos llega todos los días, por el calor que el sol irradia a todos sin indagar el origen, condición social, económica y geográfica, ejemplificándonos con la gratuidad de sus servicios y sin pedirnos recompensa alguna.

La lección de la Naturaleza, ofertando su capital sin reivindicar lucros o retribuciones, provechos o beneficios, es una leyenda escrita en la conciencia colectiva que reclama del hombre la ejemplificación de la fraternidad, que no es otra, finalmente, que la misma palabra del Divino Reformador aconsejándonos hacer a nuestro semejante lo que deseamos que él nos haga.

FREITAS NOBRE

San Pablo, abril de 1982.

1.

Espiritismo y Socialismo están unidos por lazos estrechos, dado que aquél ofrece a éste lo que le falta, esto es, el elemento de la sabiduría, de la justicia, del equilibrio, las grandes verdades y el noble ideal sin el cual éste corre el riesgo de permanecer impotente o el de sumergirse en lo tenebroso de la anarquía.

Sin embargo, antes que nada, importa definir claramente los términos que empleamos. Para nosotros, el Socialismo es el estudio, la investigación y la aplicación de leyes y medios susceptibles de mejorar la situación material, intelectual y moral de la humanidad. En esas condiciones son innumerables las gradaciones, las variedades de opiniones, de sistemas, desde el Socialismo cristiano hasta el Comunismo, ya que todo hombre que se preocupe por la situación de su semejante puede decirse socialista, cualquiera sea su predilección o concepciones.

Mi intención no es tanto tratar la cuestión social desde el punto de vista político o económico, sino investigar sobre la influencia que el Socialismo podría tener sobre la evolución del espíritu humano y, particularmente, sobre la educación del pueblo. Las cuestiones sociales, que han revestido desde hace tiempo un carácter violento y amenazaban prender fuego al edificio que nos abriga, han perdido un poco su belicosidad. Este es el momento de considerarlas sin pasión, sin prejuicios y con la calma que es propia de los espíritus reflexivos, interesados en la justicia y deseosos de facilitar la evolución de todos en paz y armonía. Como veremos, la cuestión social es, esencialmente, una cuestión moral.

Nosotros apoyamos decididamente las reivindicaciones legítimas de la clase obrera, reclamando para el trabajador su parte de influencia y de bienestar, su derecho a participar de los beneficios industriales y su lugar digno bajo el sol; sin embargo, reprobamos los medios violentos y anárquicos que serían un peligro para la sociedad occidental, después de haber arruinado a la sociedad bolchevique.

Lo que caracteriza en la actualidad ante nuestros ojos el estado del Socialismo -exceptuando a unos muy raros sectores-, es el conocimiento insuficiente y muy rudimentario de las leyes universales, pues sin él, y sin respetar su observancia, toda obra humana está condenada por anticipación a la impotencia y a la esterilidad, cuando no culmina en el desorden y en el caos.

La vida de las sociedades, como la del Universo, está equilibrada por fuerzas opuestas, antagónicas, y el equilibrio perfecto de ellas produce el orden, la paz, la armonía; pero, desde que una de estas fuerzas predomine sobre la otra, se produce la perturbación, la confusión, el sufrimiento. El estado de inferioridad de nuestro mundo deviene, precisamente, de la

inestabilidad de las fuerzas físicas y sociales en acción en su superficie, pues una repercute sobre la otra.

Todo el pasado nos demuestra el predominio de las clases elevadas, denominadas dirigentes, sobre el pueblo llevado al estado de miseria. Hoy en día, es la clase trabajadora la que a veces intenta constituirse en directora de la sociedad. Pero el despotismo que se origina en lo bajo no es mejor del que se genera en lo alto; es, tal vez, peor, puesto que es más brutal y más ciego.

Después de la última guerra¹ el nivel intelectual y moral bajó sensiblemente, las pasiones se desencadenaron y los apetitos y la avidez se mostraron más ardientes y primitivos; ello fue porque lo mejor de los hombres se perdió; llevados por su entrega y su espíritu de sacrificio éstos corrieron hacia la muerte como hacia una fiesta, mientras que los demás, demostrando más prudencia y menos desinterés, supieron preservar sus vidas. Aquellos que se ofrecieron en holocausto para salvación de los demás, giran en multitud por encima de nosotros² asimilando fuerzas y luces nuevas. Ellos regresarán muy brevemente al seno de esta humanidad que tiene necesidad de su concurso para trabajar por la evolución general. Desde ya, en la generación que surge, Espíritus de valor tomarán su puesto en una veintena de años y los veremos afirmarse por sus méritos y virtudes adquiridas. Mientras tanto, tendremos que atravesar un período difícil, durante el cual todos los que tienen conciencia del deber de solidaridad que nos liga a todos, pero los espíritas sobre todo, tendrán que sacrificar su bienestar personal para guiar a sus semejantes por el camino arduo del progreso.

La grande ley de evolución que rige a todos los seres, debe también servir de base a toda la organización social. Cada uno tiene derecho a una situación relativa con sus aptitudes y sus cualidades morales. Con todo, es la adquisición que traemos de nuestras vidas anteriores a la que la educación espírita puede y debe pulir y perfeccionar.

Lo esencial sería, pues, hacer conocer al hombre, antes que nada, de dónde viene y hacia dónde va, es decir, cuál es la finalidad real de la vida y su destino. Solamente entonces surgirá, con toda claridad y en todas sus consecuencias sociales, esa solidaridad que liga a todos los seres en todos los grados de su ascensión, impulsándolos, por su propio bien, a regresar a la Tierra y a los demás mundos en las condiciones más diversas, a efecto de

¹ El lector debe tener presente que León Denis escribió esta obra después de la Primera Guerra Mundial, que se desarrolló entre 1914 y 1918. [Nota del traductor al portugués.]

² Sir Arthur Conan Doyle, el grande espírita y escritor inglés creador del célebre personaje Sherlock Holmes, mostró una fotografía psíquica tomada en Londres en el cenotafio del Soldado Desconocido, en el momento de cumplirse un minuto de silencio y recogimiento. Se ve en ella una multitud de cabezas de jóvenes, entre los cuales afirmó reconocer la de su hijo muerto en el frente. [Nota de León Denis.]

adquirir las cualidades inherentes a esos medios y, muchas veces, incluso, para rescatar deudas de un pasado culposo.

Después de las doctrinas del pasado que no nos trajeron sino oscuridad e incerteza, el Espiritismo proyecta una viva claridad sobre el camino a recorrer; en el encadenamiento de nuestras vidas sucesivas él nos muestra el orden, la justicia y la armonía que reinan en el Universo. Que el socialista se muestre razonable y adopte esta grande Doctrina, esta Ciencia vasta y profunda que ilumina a todos los problemas y nos ofrece demostraciones experimentales de la supervivencia; que sus adherentes se impregnen y conformen a ella sus actos, y el Socialismo podrá convertirse entonces en una dinámica impulsora que llevará a la humanidad hacia destinos superiores.

Aun cuando no me sea grato, creo un deber insistir sobre el estado de espíritu con el cual me propongo tratar este vasto tema.

Nací en la clase obrera y en ella no conocí sino luchas y privaciones. Mi padre era constructor, luego se convirtió en pequeño contratista, pero el trabajo era escaso y hubo que cambiar de profesión. Yo mismo, después de haber recibido una instrucción muy sumaria, me inicié como empleado de comercio y la labor manual no me era extraña. Ya a los doce años yo desoxidaba piezas de cobre en la Casa de Moneda de Burdeos, y mis dedos de criatura sangraban por el trato rudo con el metal. A los dieciséis años, en una fábrica de loza, en Tours, conducía la cubeta los días que deshornaban las piezas. A los veinte años acarreaba pieles en las horas de mucho apuro, o si no manejaba la *margarita*, gruesa herramienta de madera que sirve para suavizar los cueros. Obligado durante el día a ganarme el pan y el de mis padres ancianos, me consagraba muchas noches a los estudios a fin de completar mi pequeño acopio de conocimientos, de lo cual proviene el debilitamiento prematuro de mi visión.

Después de la guerra de 1870, comprendí que era preciso trabajar con ardor por la educación del pueblo. Con este fin y el auxilio de algunos ciudadanos, fundamos, en nuestra región, la Liga de Enseñanza, de la que fui su secretario general. Se crearon bibliotecas populares y se iniciaron de inmediato y por todas partes una serie de conferencias. Esto lo manifiesto para demostrar que guardé siempre contacto con la clase trabajadora, participando en su cuidado y colaborando en sus aspiraciones y sus ansias de progreso. Me mostré interesado en el movimiento cooperativo y por mucho tiempo llevé los libros, a título honorario, de un grupo de trabajadores cordeleros unidos en un emprendimiento común.

Ahora que la edad blanqueó mi cabeza y con ella adquirí experiencia, aprecio mucho más las ventajas que proporciona a toda alma las

reencarnaciones entre los humildes y la libre aceptación de la ley del trabajo. En efecto, el trabajo es un preservativo soberano contra las trampas de la pasión, una especie de baño moral, un escudo de alegría, de paz, de felicidad, cuando es realizado con inteligencia y perseverancia.

Es así como yo comprendí mejor la razón del porqué la ley de evolución conduce, a la inmensa mayoría de los seres, a renacer en el seno de la clase trabajadora para desarrollar en ella sus sanas energías, fortalecer los caracteres y mostrar al hombre verdaderamente digno de este calificativo. En la lucha constante contra las necesidades, en el esfuerzo cotidiano por salir del apremio de la lucha por la vida poco a poco la voluntad se afirma, el juicio se fortalece y las más bellas cualidades se engrandecen y purifican. Y es por tal motivo que las mayores almas que pasaron por la Tierra: Cristo, Juana de Arco y tantos otros Espíritus, quisieron renacer en las condiciones más oscuras para servir de ejemplo a la humanidad.

Debo decir aquí que, en el curso de mi vida y desde mi infancia, en medio de las dificultades que tuve que vencer, siempre fui sustentado por el mundo invisible. En las circunstancias que termino de señalar, yo me sentía llevado en mi camino por una fuerza imponderable, una dinámica de la cual ignoraba su naturaleza, pues mis guías espirituales sólo se revelaron un poco más adelante. Con todo, yo poseía ya una facultad mediúmnica, la de la psicografía, y con ella obtenía comunicaciones con forma bastante literaria. Pero esta facultad se anuló cuando me convertí en conferencista. Mis protectores del espacio me explicaron que habían adaptado sus recursos fluídicos a mis facilidades oratorias, a los medios de improvisación, por ser más eficaces a la difusión del Espiritismo. Pude observar muchos casos análogos de transformación de facultades psíquicas, especialmente en los médiums de incorporación.

En ese tiempo yo no trataba aún, públicamente, temas espíritas, escogía asuntos a ellos relacionados, más o menos directamente, tales como *la pluralidad de mundos habitados, el genio de la Galia, Juana de Arco* y otros asuntos que permitían abordar, incidentalmente, el problema del mundo invisible.

Recién fue por 1880 que abordé pública y decididamente la cuestión espírita. Los auditorios eran poco favorables y fue preciso, más de una vez, soportar los escarnios, las objeciones pueriles y, sobre todo, los abucheos. Hoy los conferencistas espíritas enfrentan un mejor acogimiento. Sus oyentes no son siempre adeptos o convencidos, pero por lo menos escuchan con cortesía. Esas diferencias de actitudes dan la medida exacta de los progresos alcanzados por nuestros ideales en un período de cuarenta años.

Fue sobre todo en el curso de mis conferencias contradictorias con Volders³ y Oscar Beck, dos capacitadas cabezas del Partido Socialista, que yo pude darme cuenta de que estaba profundamente imbuido de teorías materialistas y, en consecuencia, en la imposibilidad de establecer conexión entre el plan de reforma social y las leyes generales del Universo, cuya esencia es por entero espiritualista. Es verdad que existen brillantes excepciones, entre las cuales citaré a Jean Jaurès⁴, que fue siempre un espiritualista convencido, elocuente, a la vez que un poeta por sus inclinaciones naturales. Pero, en mi concepto, en cuanto a esto, él no hizo escuela.

De la experiencia extraída de mis relaciones constantes con los trabajadores de todo orden, deduzco esta consideración: los trabajadores, sean de las ciudades o bien de los campos, tomados individualmente, aislados, son

³ Jean Volders: político belga; participó de la formación de las ligas de trabajadores que reunió en un partido obrero en 1885. Organizó el Congreso Socialista Internacional, de Bruselas en 1891. [Nota del traductor al portugués]

⁴ Jaurès, Jean - Político francés. Luego de realizar brillantes estudios secundarios, concurrió a la Ecole Superieure Normale, en París, y luego se convirtió en profesor de filosofía en el Liceo de Albi. Se interesó por la política, siendo elegido diputado por Tarn en 1885. Derrotado en las elecciones de 1889, volvió nuevamente a sus estudios por algún tiempo y, en 1891, defendió dos tesis para su doctorado: "De la realidad del mundo invisible" y "De Primis Socialismi Germanici Lineamentis apud Lutherum, Kant, Fichte et Hegel". Apoyó la huelga de los mineros de Carmaux y éstos lo eligieron para integrar la Cámara, esta vez como diputado del Partido Socialista Independiente. A pesar de ser derrotado en 1898, volvería a ser diputado por Tarn en 1902, 1906, 1910 y 1914. Su Socialismo no coincide exactamente con el marxismo, pues rechazaba la dictadura del proletariado y la concretización del colectivismo por un Estado burocrático y un internacionalismo sistemático. El Socialismo era, para él, el libre y pleno desenvolvimiento de la persona humana, el verdadero sentido de la declaración de los derechos del hombre. Consideraba posible la creación de una sociedad sin clases por medios pacíficos, sin salir del marco electoral. Cuando se produjo el caso Dreyfus, pidió la revisión del proceso. Su libro *Las pruebas* influyó en que perdiese las elecciones de aquel año, pues su actitud chocó con la oposición de Jules Guesde y otros marxistas de un ala contraria a la defensa de un oficial burgués. A pesar de esa oposición, Jaurès fue el defensor del bloque de la izquierda. Con todo, fue electo vicepresidente de la Cámara de Diputados en 1903; pero el Congreso de la Internacional Comunista de Amsterdam, en 1904, condenó a los socialistas que participaran en un gobierno burgués, apoyando, por tanto, a Guesde contra Jaurès. Como éste aceptó la decisión del Congreso, se hizo posible la unión de todas las tendencias socialistas en la Sección Francesa de la Internacional Obrera (SFIO, 1905). Jaurès y su Socialismo humanista hicieron rápidos progresos en la nueva organización, en detrimento del guesdismo. El no era apenas un orador político, sino un educador del pueblo, al cual transmitía ideas de progreso, libertad y justicia. Algunos de sus adversarios reconocían en él una grande fuerza espiritual; sin embargo, su oposición a la política colonial y sobre todo su lucha incansable por una reconciliación franco-alemana le reportaron el odio de diversos nacionalistas franceses. Fue asesinado por un desequilibrado, Raoul Villian, en 1924, y sus despojos fueron trasladados solemnemente al Panteón. Jaurés publicó diversas obras, entre las cuales figuran: *Historia Socialista de la Revolución Francesa*; *El Nuevo Ejército*; *Acción Socialista* y *Discursos Parlamentarios*. Entre 1931 y 1939 fueron publicados por Max Bonnafous nueve volúmenes de obras seleccionadas con el título de: *Obras de Jean Jaurès*. [Nota del traductor al portugués.]

poco inclinados a las doctrinas subversivas: Comunismo y Anarquismo. Sin duda alguna, conservan del pasado, de los siglos de servidumbre, una especie de atavismo intuitivo que los muestra hostiles a todas las formas de opresión; pero poseen en el fondo de sí mismos el sentimiento de la realidad, aman la justicia y el progreso.

Es en los grandes centros industriales donde sobre todo tienen los excitadores más influencia sobre las masas trabajadoras, a quienes la palabra de los oradores inflamados por una ruin inescrupulosidad las alcanza mejor, impulsándolas a los excesos. Sin embargo, esto tiene, generalmente, poca duración. Francia es un país de buen sentido y de razón que permanecerá refractaria a las teorías de los bolcheviques y otras doctrinas ajenas a nuestra forma de ser. Lo que se denomina *lucha de clases* no existe más que en el papel. En realidad no existen más clases desde la Revolución Francesa, no hay más entre ellas límites precisos, pues se manifiesta una penetración recíproca y continua. Todo trabajador económico puede convertirse en patrón. La burguesía tiene sus raíces en el pueblo y en él se nutre incesantemente: es de su seno que surgió la mayoría de los hombres que ilustraron a la humanidad; fue de ahí que se elevaron tantos burgueses, gracias a su trabajo y a su talento. Además, ¿cuántos pequeños propietarios, comerciantes y rentistas no cayeron, en razón de la guerra y de sus consecuencias económicas, en la misma situación del proletariado? Su número es difícil de ser calculado, pues, cambiando de situación, mudan casi siempre de residencia y se van a perder entre la multitud de las grandes ciudades.

Lo desgraciado de esto es que los campos son abandonados y la plétora de habitantes de las ciudades aumenta incesantemente. Se abandonan los trabajos sanos y productivos reales para confinarse en viviendas estrechas, privadas de aire y de luz. De tal manera la raza se esteriliza, debilita y resbala por un declive peligroso.

Parece que asistiéramos a un comienzo de desagregación de la sociedad. El cimiento que liga a los elementos del edificio, esto es, el sentido de familia, la disciplina social, el patriotismo, el sentimiento religioso, etcétera, se enervan y descomponen.

¿A quién cabe la responsabilidad de este estado de cosas? En gran parte a la Iglesia y a la Escuela. Petrificada en sus dogmas, la Iglesia se mostró impotente para comunicar al cuerpo social esa fe viva que es la grande fuerza, la misma alma de las naciones; su catecismo, incomprensible e incomprendido es notoriamente insuficiente para esclarecer y guiar a los seres del pueblo por los caminos difíciles de la existencia. Ciertamente, es

verdad, pueden aún contentarse; pero una sociedad entera no puede vivir de ese pan reseco y endurecido.

Hablamos de la Escuela actual, amplia y obligatoria. Ella fue una reacción contra la escuela congregacionista imbuida de prejuicios dogmáticos y de doctrinas seculares. Los promotores de la escuela laica tenían un programa y una finalidad: hacer que todos compartieran, en un ímpetu de entusiasmo, su confianza en la solidaridad humana por la difusión de la educación y el conocimiento de los principios que afirman el deber y la participación de todos en la obra común. Esa instrucción era complementada con nociones de moral impregnadas de ideal espiritualista. Los manuales de Paul Bert, de Compayrè, enseñaban la existencia de Dios, la inmortalidad del Ser, procurando reencender el fuego sagrado en las almas francesas. Sus sucesores, sin embargo, continuando con sus miras exclusivamente terrenas, eliminaron paulatinamente esas nociones de idealismo y la escuela cayó bajo la influencia materialista.

Desde entonces, la instrucción laica, desprovista de elevación, desarrolló exclusivamente el sentimiento personal. Del orgullo al egoísmo no hay más que un paso, por lo cual, treinta años después, éste creció por obra del bienestar logrado por una civilización materialista. Cuando la instrucción está desprovista de freno moral, de sanción, y en ella se inmiscuye la pasión material, no hace otra cosa que superexcitar los apetitos, los deseos de gozos, traduciéndose en un egoísmo desenfrenado.

Es preciso, por tanto, combatir al egoísmo con una enseñanza idealista regeneradora. Vencido el egoísmo, será más fácil extinguir las otras pasiones que corroen el corazón de los humanos.

La escuela neutra representa, en la actualidad, un conjunto de conocimientos carentes del bien moral necesario para constituir una educación auténtica, una dirección eficaz. Ella reencontrará su prestigio, su poder benéfico, asimilando una doctrina espiritualista independiente, susceptible de llenar el vacío de todas las enseñanzas confesionales. Pues bien, esa doctrina sólo el Espiritismo puede ofrecerla. A la espera de esa fusión, ¿cuál es el papel de nosotros, los espíritas? Es el de crear, de multiplicar el ejemplo de nuestros hermanos lioneses, las escuelas dominicales donde la doctrina y la moral espíritas son enseñadas a los niños tanto como a los adultos.

Lo que dijimos de la escuela primaria, aplícase igualmente a la enseñanza superior, e incluso a la ciencia, la cual no es aún más que un conjunto de teorías pasajeras, de hipótesis provisionarias que un siglo edifica y que el siglo siguiente destruye y sustituye, como lo demuestra el doctor Charles Richet con un vigor y una franqueza admirables.

Es verdad que una ciencia se construye de a poco. Ella tiene por base la experimentación psíquica; pero choca con tantos prejuicios, preconceptos y rutinas materialistas, que pasará mucho tiempo antes de realizarse esa

síntesis necesaria y esperada que religará a las ciencias actuales, parciales, fragmentarias, en un todo armonioso, esto es, en una concepción general de la vida y del Universo. Ella se convertirá así en un móvil de acción, en un foco de luz capaz de iluminar y de guiar al hombre por las vías hasta aquí inciertas de su destino inmortal.

La ciencia no está hecha, ella se hace; llegará un día en que, mostrándose integral y homogénea abrazará en sus estudios a los mundos visible e invisible, penetrando en ese océano de vida oculta que nos envuelve. Ella conocerá las leyes y, por sobre todo, esa grande ley de ascensión que convoca a cada uno de nosotros a través de los tiempos para un bienestar mejor. Entonces, llegado a este dominio elevado del conocimiento, podrá servir de base al destino humano y a la educación, pues ella no será apenas una ley física, sino también una ley moral a ofrecer a la humanidad.

Hoy ella es, aún, un balbuceo de infante ensayando pronunciar las primeras letras del grande libro eterno y divino.

Agobiada bajo el peso de la materia, cuya densidad es mayor entre nosotros que en los planetas vecinos, sofocada por una atmósfera envenenada, por los fluidos de las pasiones terrenas, ¿cómo el hombre podrá conocer la vida invisible que llena el espacio? ¿Cómo podrá tener una idea de esas jerarquías espirituales que se superponen hasta las cumbres de la Sede Increada? Con todo, esto es lo que el hombre tiene más necesidad de conocer, pues constituye el fin supremo de sus esfuerzos, la sanción de sus actos, la compensación reservada a todas sus pruebas y a sus males.

Es verdad que, por el descubrimiento de las fuerzas radiantes y de los estados sutiles de la materia la ciencia humana comenzó a entrever la posibilidad de una vida invisible, mas, antes de haber analizado este estado de la vida por sus métodos actuales, antes de haber examinado sus leyes, sus consecuencias morales, ¡pueden transcurrir muchos siglos! Esperando que nuestra ciencia terrestre llegue a esa altura de nuestras necesidades sociales y doctrinales, la enseñanza de los Espíritus viene a abrir vastos horizontes, iniciándonos en las leyes de la armonía universal. Poco a poco, sobre todo los puntos de nuestro globo terráqueo una comunión se establece entre los vivos y los muertos para luego, desde la Tierra entera, elevarse un himno de júbilo, un canto de reconocimiento y de amor hacia Aquel que, en su sabiduría y su providencia permitió que esta grande Revelación se produjese en el momento mismo en que la humanidad parecía inclinarse hacia un abismo de tinieblas y dolores; hacia Aquel que dispone de todas las cosas con una sabiduría, una providencia y un arte infinitos.

Nuestro mundo -dijimos precedentemente-, es arrastrado por una corriente poderosa hacia una era de transformación social. El Socialismo, cualquiera sea la opinión que de él se tenga, ya se lo apruebe o se lo condene, ha seguido su camino a pesar de las resistencias y se convirtió en una fuerza que es preciso tener en cuenta. Él tiene en sí los principios del futuro; él triunfará, quizá, con formas muy distintas con las que hoy es concebido y su obra será pacífica o sangrienta, conforme al principio o la idea maestra que lo inspire.

En la actualidad, los socialistas están divididos en escuelas rivales. Ellos trabajan de maneras diversas para reunir los elementos necesarios a la fundación de un nuevo edificio social. Les falta, sin embargo, lo esencial, el cimiento que debe aunar esos elementos, esto es, la fe depurada y el espíritu de sacrificio que ella inspira. Les falta el ideal poderoso que entusiasma, fecunda y vivifica.

Para construir la sociedad futura, para fijar la ley definitiva es preciso, antes que nada, conocer la ley universal del progreso y de justicia y tomarla por guía, puesto que si no conformamos nuestras obras a la ley eterna que rige a las cosas, no haremos más que una obra efímera construida sobre la arena que se caerá irremediabilmente.

¿La ciencia es, con todo, y por alguna razón especial, importante en este momento crucial por el que pasa el mundo y que cada vez se agrava más? No, es apenas un intento de hacer cesar o por lo menos aminorar el sufrimiento humano, y ése es también el deseo intenso de poner fin a las iniquidades sociales que inspira al Socialismo en sus diversas corrientes. Ese movimiento que la ciencia aún no creó, ¿llegará a ella indicándole, dirigiéndole, señalándole la finalidad elevada que debe ennoblecer e idealizar sus esfuerzos? Desde este punto de vista, la ciencia actual se muestra impotente.

Es así como hemos visto a los socialistas inspirarse en ciertas teorías científicas y erigiendo al materialismo y al ateísmo a la categoría de un principio. Hízose tabla rasa de todas las esperanzas en un más allá, de toda idea de supervivencia, de toda concepción de un ideal divino. Y ese estado de espíritu es lo que la muestra a la ciencia estéril o funesta. Así como decía Giuseppe Mazzini⁵, el gran demócrata de su patria, Italia, se puede

⁵ Mazzini, Giuseppe - Escritor y político italiano nacido en Génova el 22 de junio de 1805 y muerto en Pisa en marzo de 1872. Estudió derecho, filosofía y medicina, graduándose en 1827. Adhirió a los Carbonarios (organización secreta que luchaba por la unificación de Italia desde el tiempo de Napoleón I), escribiendo en periódicos de oposición al gobierno y a la Iglesia. Fue político, filósofo, innovador religioso y crítico literario, pero en todas estas facetas deja siempre traslucir la síntesis homogénea y perfecta que cimenta sobre la solidez de su fe religiosa que, para él, era "el elemento eterno, esencial e inmanente de la vida, el espíritu de la humanidad, su alma, la vida, la conciencia y su símbolo exterior".

Es por ello que, en razón de la mención de Mazzini que hace Denis, queremos reseñar muy someramente la coincidencia ideológica que existe entre ambos, como también con Kardec, sobre temas fundamentales.

Dice Mazzini en sus escritos, que fueron innumerables y de la más diversa índole:

"No conozco en la historia, ninguna gran conquista del espíritu humano, ni ningún progreso en el perfeccionamiento de la sociedad humana, que no tuvieran sus raíces en una fuerte creencia religiosa" (*Scritti editi e inediti*, VII:334).

"Sin Dios, podéis imponer, no persuadir, podéis ser tiranos, cuando os llegue el turno, pero no educadores o apóstoles" (*Ibidem*, XVIII:31 y 32). De ahí la falencia catastrófica de quienes han intentado y presumen de poder instaurar una moral social sin Dios. "No -dice Mazzini-, la humanidad necesita algo más que una simple moral. Necesita resolver sus propias dudas, calmar su sed de futuro. Necesita que se le diga (y demuestre con hechos, decimos nosotros) de dónde viene y adónde va" (*Cartas íntimas*, 58). En cuanto a la filosofía, dice: "puede hacer el análisis, la anatomía, la disección de la vida, pero no tiene ni un soplo de vida como para mostrar a los hombres los deberes a cumplir y dar a la moralidad nueva fuerza y grandeza" (*Cartas a D. Stern*, 72).

Y como lo señalaran ya Kardec, Denis, Max Planck, el físico, y tantos otros más, nuestro atraso como comunidad organizada es más de índole espiritual y moral que intelectual, por lo que dice: "Lo que queremos, lo que el pueblo quiere, lo que la época reclama para salir de este fango de egoísmo, de dudas y de negaciones, adonde nos han precipitado el progreso de las luces al no traer consigo el progreso de la religión y del arte, es una fe, una fe que hermane a nuestras almas, hoy separadas por la persecución de fines individuales, en la conciencia de un origen, de una ley y de un objetivo comunes" (*Scritti editi e inediti*, V:278 y 179). Pero no "un fantasma de religión sin fe, sin fuerza y sin misión", como la que impera en nuestros días, que ha abandonado a Cristo y al Evangelio, razón por la que condena al Papado "por no haber cumplido con su deber de proteger a los débiles y porque durante tres siglos y medio ha comerciado con los principales del mundo y obedeciendo a todo gobierno de infieles, crucificando a Jesús nuevamente en nombre del egoísmo", y afianzando "la detestable idolatría, contra la que proveerá Dios los medios aniquiladores de todos los ídolos que existieron, existen y existirán" (*Ibidem*, V:43 y XVIII:207). Pero como Denis y Kardec, dice: "Yo recuerdo todo lo referente a la Iglesia y me postro ante su pasado".

Referente al Mesías escribió: "Amo a Jesús como al hombre que amó más que cualquier otro a la humanidad, a los siervos y a los amos, a los ricos y a los pobres y a los brahmanes, a los ilotas y a los parias". [...] "Pero no queremos sumir a Dios al nacido de mujer, no lo levantamos hasta donde no podemos esperar alcanzarlo; queremos amarlo como al hermano más perfecto de todos nosotros y no adorarlo y temerlo como juez inexorable y dominador intolerante del porvenir" (*Ibidem*, XVIII:205).

"La vida -decía a propósito de las reformas intelectuales y morales de Ernest Renan- no consiste en la búsqueda de la felicidad" (como ser, por ejemplo: el aumento de las ganancias económicas, el egoísmo, la meditación, el ayuno o el aislamiento de la sociedad humana), sino que, "como lo expresa Carlyle, por la conquista de la más elevada nobleza posible". [...] "El dolor y el placer, la desgracia y la felicidad, son accidentes del viaje". [...] "Se trata, pues, de hallar un principio educador que guíe a los hombres lo mejor posible, que les enseñe a ser constantes en el sacrificio, que los vincule a sus hermanos, sin colocarlos en una situación tal que dependan de las ideas de un solo hombre o de la fuerza de todos. Y este principio es el *Deber*. Es preciso convencer a los hombres de que ellos, que son hijos de un solo Dios, han de ser en la Tierra los ejecutores de una sola ley; de que cada uno debe vivir, no para sí, sino para los demás; de que el fin de sus vidas no consiste en ser más o menos felices, sino en mejorarse a sí mismos y a los demás, y de que el combatir contra la injusticia y el error, en cualquier parte que se los encuentre, en pro de sus hermanos, no es solamente un derecho, sino también un deber: un deber que no se puede descuidar sin caer en la culpa, un deber para toda la vida". [...] "La vida es una misión". [...] "La vida es una lucha contra el mal, al que no podemos hacer desaparecer aquí abajo, pero debemos mantenernos en guerra constante contra él y reducir continuamente su señorío". [...] "La suprema virtud es el sacrificio; es preciso pensar, obrar,

manifestar de todos los partidos políticos: "Veo en torno de mí un estado de disolución e individualismo en que se desemboca, forzosamente, por la ausencia de un pensamiento religioso, de una concepción elevada; y veo en esa ausencia la causa y explicación de todos los fenómenos que nos entristecen" (*Cartas íntimas*).

Se me podrá preguntar si este sentimiento elevado de justicia y solidaridad, si este ideal superior es conciliable con el conflicto de los intereses y la lucha por la vida. ¿Se puede exigir del hombre, en nombre de los principios

combatir y padecer siempre que sea necesario, pero no por nosotros, sino por los demás: por el triunfo del bien sobre el mal". [...] "Dios no os preguntará al juzgaros: ¿qué has hecho por tu alma?, sino ¿qué has hecho por las almas de los que te había dado por hermanos?" [...] "Cuando siento que me dicen: He aquí un justo, pregunto: ¿Cuántas almas se han salvado por él?" [...] "¿Para qué sirven las ideas cuando no es posible encarnarlas en actos?" [...] "Dios piensa obrando, y nosotros, desde lejos, debemos imitarlo". [...] "El que separa la fe y el pensamiento de la acción y al hombre moral del hombre práctico o político, no es verdaderamente religioso. Rompe la cadena que une a la tierra con el cielo" (*Scritti editi e inediti*, XVI:103; XVIII:15 y 16; V:213; XVI:103; VII:254; VIII:74; V:118 y VIII:75).

Como Allan Kardec, que entrevió en el estudio de los fenómenos espíritas "la clave del oscuro y controvertido problema del pasado y el porvenir de la humanidad, la solución y la respuesta a todas mis búsquedas", como él expresa respecto a la unidad religiosa, Mazzini, en su juventud, elaboró planes de reforma religiosa y se preguntaba si la evolución religiosa podría ser la expresión de una concepción cristiana o "aplicación del Cristianismo", o si se erigiría una nueva religión que lo reemplazase. Concluyendo en que: "La moral de Cristo es eterna, la humanidad podrá agregarle lo que desee, pero no podrá sacarle ni una palabra" (*Cartas íntimas*, págs. 107 y 125). Pero a pesar de que en esos años en que él vivió en la Tierra se estaba codificando la potente luz renovadora de la Religión en espíritu y verdad, mediante la Revelación de los Espíritus, el Espiritismo, a través de las manos capacitadas de Allan Kardec, Mazzini de ello quizás no se informó y, para él, quedó en los resultados de unas audaces y no del todo comprendidas intuiciones carentes de elementos científicos que las fundamentasen acorde con los nuevos tiempos. Fue Mazzini, sin embargo, un Espíritu precursor que supo ver el problema de la reencarnación resuelto, diciendo que "la memoria de la conciencia que tiene el alma de una existencia anterior era una manifestación de que el alma individual progresa a través de una serie de nuevas encarnaciones en otros mundos, que cada encarnación eleva en un grado el alma y que la rapidez del progreso depende de su purificación". [...] "De iniciación en iniciación, a través de tus encarnaciones sucesivas, tu palabra purifica y amplía la fórmula del sacrificio, estudia su camino y enseña tu fe eternamente progresiva". Y agrega: "Si alguna vez reconociésemos esta evolución progresiva de la religión y de la moral, no habría ya más posibilidades para el escepticismo, comprenderíamos entonces que toda fe agotada no es falsa, sino imperfecta, por lo que no es preciso destruirla, sino completarla. Toda religión derrama en el alma humana una nueva gota de la vida universal" (*Scritti editi e inediti*, V:160 y 161 y XVI:69).

Mazzini, como Gandhi y Albert Schweitzer, fue un rústico de acción que, como vimos a través de unos pocos pensamientos que hemos seleccionado de él, intuyó las claridades filosóficas y religiosas que trajo al mundo el Espiritismo con la publicación, en París, de *El Libro de los Espíritus*, el 18 de abril de 1857, con el cual prosigue el proceso religioso de las tres grandes revelaciones -confirmado por el Espíritu de Verdad- que habrá de restablecer el conocimiento de la ley divina y universal, liberado ahora de los preconceptos humanos. [*Nota de la Editora 18 de Abril confeccionada con extracciones del libro de Bolton King, José Mazzini, Editorial Américalee, Buenos Aires, 1945.*]

políticos o de los derechos económicos que él renuncie a su egoísmo, a su amor propio, a su fuerte apego a los bienes materiales?

Para poner un freno a las pasiones violentas, a las ambiciones desmedidas, a todos los bajos instintos que traban el progreso social, no es preciso apelar a la inteligencia y a la razón, sino, fundamentalmente, hablar al corazón del hombre, enseñarle a reconocer la finalidad real de la vida, sus resultados, sus consecuencias, sus responsabilidades, sus sanciones. Mientras el hombre ignore el alcance de sus actos y su repercusión sobre su destino, no habrá mejoría duradera en el estado de la humanidad. El problema social es, por sobre todo, un problema moral, hemos dicho. El hombre será desgraciado mientras fuere malo.

El pueblo es, con todo, y a pesar de su ignorancia y sus falencias espirituales, accesible a las verdades consoladoras. Él sufre, se extravía y a veces se exaspera, pero vibra cuando recibe un llamado a su sentimiento generoso. Su educación está por ser hecha, por entero, desde el punto de vista psíquico. El materialismo boya en él en su superficie. ¡Hay un trabajo inmenso a ser emprendido en estas áreas completamente incultas!

Edgar Quinet pensaba correctamente cuando escribía: "¿Cómo no se advierte que el problema religioso abarca el problema político y económico y toda la solución de este último no tiene más que el valor de una hipótesis hasta tanto no se resuelva el primero?".

En efecto, es preciso recordar que en su fe religiosa es que las comunidades cristianas de Oriente y de Occidente, así como en América las organizaciones de los cuáqueros, de los puritanos, etcétera, hallaron las reglas de la disciplina, el principio de la asociación y del respeto que aseguran el bienestar y la prosperidad de estas instituciones y de sus miembros.

Pero en nuestro tiempo y en nuestra Francia (y en el mundo todo) la fe religiosa no tiene la suficiente intensidad para servir de base a una transformación social o a una reorganización económica. Las enseñanzas nebulosas de las Iglesias sobre las condiciones de la vida futura de ultratumba, su dogmatismo estrecho, sus amenazas pueriles relativas a los castigos imaginarios, todo eso terminó por sembrar -hasta incluso entre sus fieles- el escepticismo y la indiferencia.

Mas ahora la Revelación de los Espíritus viene a encender una potente luz sobre las condiciones de vida en el Más Allá y el destino de los seres. Por ella, la ley de las reparaciones se impone a todos, no bajo la forma de un infierno ridículo, sino a través de existencias terrenas que podemos observar y constatar en torno de nosotros; existencias de trabajos, de sufrimientos, de pruebas en medio de las cuales los seres rescatan su pasado culposo y conquistan un futuro mejor. Así la sanción se muestra precisa. Cada uno de nuestros actos recae sobre nosotros y su conjunto constituye la trama de nuestro destino. La justicia y la solidaridad en ella

encuentran su plena y entera aplicación. Nos sentimos ligados a nuestros semejantes en la medida de los sacrificios que, por ellos, estamos destinados a reencontrarnos y a reunirnos para seguir, a través de etapas numerosas, en las condiciones sociales más variadas hacia el curso de nuestra ascensión hacia una finalidad grandiosa y común.

Las enseñanzas de ultratumba ejercen sobre aquellos que las reciben una impresión profunda, puesto que emanan, la mayoría de las veces, de seres que conocimos y amamos en la Tierra, de nuestros propios parientes y amigos que, como prueba de su identidad, nos brindan detalles psicológicos que no permiten dudar de su verdadera personalidad ni de la presencia de tales manifestantes. En sus mensajes sugestivos, éstos describen sus sensaciones en la vida del espacio, sus respectivas situaciones, buenas o malas, conforme a sus méritos y a su grado de evolución alcanzado. Ellos nos informan de los sufrimientos morales causados por el recuerdo de las faltas cometidas y la necesidad de retornar a la encarnación para desarrollar las facultades y energías latentes en su ser, para reparar y evolucionar. Estas enseñanzas proporcionan a todos quienes de ellas participan una comprensión más nítida de las grandes leyes de justicia y armonía que rigen en el Universo y, por tal razón, ofrecen mayor coraje frente a las pruebas y una mayor firmeza en el carácter para el cumplimiento del deber. A medida que estos conocimientos se propagan, una corriente se establece entre el Cielo y la Tierra, entre los adeptos y sus protectores invisibles. Para allá se elevan las aspiraciones humanas y descienden las fuerzas, los auxilios, las inspiraciones. Cada vez más se observa producirse entre los participantes esta radiación de las almas, esa expansión del corazón, la creación de una atmósfera fraternal de confianza que hará más fácil la solución de numerosos problemas sociales que el egoísmo, la ignorancia y el odio habían mostrado hasta aquí insolubles. Fue eso que permitió al grande escritor inglés, sir Arthur Conan Doyle, escribir al respecto del Espiritismo: "En los tiempos recientes ha llegado a nuestras manos una nueva revelación de origen divino que representa el mayor acontecimiento religioso acontecido desde la muerte de Cristo (pues la Reforma no fue más que un arreglo de viejas doctrinas, no una revelación nueva). Una revelación que altera el aspecto total de la muerte del hombre y de su porvenir en la otra vida. [...] O se trata de una demencia absoluta o de una revolución del pensamiento. Una revolución cuyos primeros frutos consisten en arrancar de nuestro ánimo, de una vez y para siempre, el temor a la muerte y trocar en profundo consuelo nuestro pesar, cuando los seres que nos son queridos pasan y se ocultan tras el velo misterioso del más allá" (*La Nueva Revelación: El Espiritismo*, cap. IV, "Problemas y limitaciones").

En realidad, puede decirse que el Espiritismo es un Socialismo etéreo basado sobre las reglas absolutas de la justicia y sobre las leyes de la conciencia y de la razón. Sus principios son inmutables. Ellos muestran a la humanidad el camino del deber por el cual ella se proporcionará la verdadera luz y la plenitud de sus libertades y de sus derechos. Los espíritas saben que la obra divina representa el accionar de la justicia, la sabiduría y la belleza. Todo actúa, progresa y asciende, desde el átomo hasta Dios. Las leyes de la evolución son soberanas, mas sobre nuestra Tierra esa evolución no puede ser sino lenta y gradual.

Si pudiésemos ver las cosas desde lo Alto, constataríamos que esa evolución de nuestro planeta sigue reglas fijas. En la actualidad entramos en posesión de fuerzas radiantes, de corrientes de ondas que nos permiten comunicar nuestros pensamientos con todas las distancias y abren nuevos horizontes a la ciencia.

Más adelante, por procesos análogos, entraremos en relación con las sociedades del espacio y de ellas recibiremos ejemplos y lecciones.

La grande iniciación es así vertida, gota a gota, a efecto de que los seres sean por ella mejor impregnados y se sometan a la regla soberana y universal del bien y de lo bello. Pues es en ese esfuerzo -que hace cada uno de ellos para elevarse a la alta concepción de la belleza física y moral del mundo- que se encuentra la fuente de todos los placeres intelectuales y el móvil de todo el progreso.

Desde el punto de vista social como desde el individual, en la realización de la ley del bien y de lo bello permanece la finalidad esencial, la regla y la recompensa de los esfuerzos comunes. Cada uno debe concurrir con lo que esté a su alcance al orden y la armonía del conjunto. Las almas superiores, los genios, los artistas, los poetas, trabajando en la obra estética contribuyen a elevar las inteligencias y llegan a hacer vibrar los corazones; otros realizan tareas más humildes que se le indican, tareas no menos necesarias a la vida de todos, con lo que procuran elevarse ellos mismos a un nivel más importante y responsable en el Universo.

Es esta ley sublime la que establece la conexión con la noción del derecho y del deber, para que todo individuo participe en el orden social, en razón de su grado de evolución. Unos trabajan en el orden inmediato para asegurar los derechos de la vida transitoria, otros para una finalidad más vasta en cuanto al futuro, preparando aspectos importantes de la evolución colectiva.

Si todos los hombres estuviesen penetrados del esplendor de estas leyes, comprenderían la finalidad que se persigue a través de los tiempos, se asociarían con todas las fuerzas de su corazón, con toda su alma a la obra universal de la belleza y la armonía, pues sabrían que trabajando para el todo trabajan para ellos mismos. No existirían tantos odios, resistencias,

rebeliones y otros males. El sufrimiento sería erradicado de la humanidad, pues la solución está en la comprensión del fin a ser alcanzado y de ponerse en acción los medios apropiados para esta realización.

Es esto lo que nos enseña la Doctrina de los Espíritus, y en esto ella se muestra superior a las revelaciones precedentes e incompletas que nos dan, sobre el futuro del alma, apenas unas vagas indicaciones y pálidas descripciones de paraísos adecuados a los estados poco evolucionados del pensamiento humano.

Muchos lectores me preguntan qué pienso de la crisis actual (enero de 1924). Mi opinión personal poco importa, por lo que prefiero resumir aquí, a guisa de respuesta, las instrucciones dadas por nuestros guías espirituales sobre este asunto complejo y delicado:

Las lecciones de la guerra -dicen ellos sustancialmente-, no trajeron los frutos que hubimos de esperar. Luego de la experiencia vivida, lo material cayó más pesadamente sobre el espíritu: se sobreexcitaron los apetitos, la avidez. ¿Cómo detener este desborde de las pasiones que nos arrastra hacia el abismo? Actuando sobre el medio que las desencadena: ¡el dinero! De ahí la crisis financiera que afecta despiadadamente en la hora actual.

Todos han de sentirse alcanzados por este mal desde el punto de vista social o financiero. Cada uno debe hacer un regreso al pasado, interrogar y medir sus propias responsabilidades. Entonces, recién, se podrá producir una mudanza radical. De acuerdo con una ley inmanente y superior, todo producto económico adquirido sin escrúpulo, sin trabajo, será volatilizado; así se pueden prever ruinas y catástrofes innumerables, como la caída de grandes empresas.

Desde el punto de vista espiritual, es preciso regenerar a las masas a través del trabajo y de una nueva orientación, pues es por el trabajo que se pueden crear los elementos necesarios para los cambios que son la fuente vital de la existencia. El dinero, que después de la guerra había perdido su valor, produciéndose un profundo desfasaje, deberá restablecerse gradualmente en razón del esfuerzo y del trabajo nacional. Vuestros vecinos intrigan contra ustedes, sin embargo, tales intrigas se vuelven contra ellos mismos.

Tened presente que no es por la pérdida de tantas vidas humanas, sino por la pérdida de grandes fortunas que vuestra población comprenderá mejor la ley del trabajo y a ella se someterá de buen grado. Existe, además, el miedo, que es el inicio de la sabiduría. La crisis será resuelta por el mismo juego de los acontecimientos que lo Alto juzgó útil dejar madurar. Es preciso esperar aún por la solución de esta crisis y de las luchas políticas y económicas.

Por el momento, lo que importa es que cada uno se vuelque hacia sí mismo; para ello la Espiritualidad ayudará. Una nación sin ideal, sin un fin elevado, va en pos de su destrucción. Además de esto, los círculos políticos más opuestos deben inspirarse en un ideal superior, un ideal que se alíe al racionalismo más amplio.

3

¡Conócete a ti mismo!, decía la sabiduría antigua. Pero lo que el hombre menos conoce es lo relacionado con lo que es él mismo, y de esa ignorancia devienen la mayor parte de sus errores, de sus debilidades y de sus males. El hombre moderno no se interesa más que por su cuerpo material, y esto es, precisamente, lo que hay de menos esencial en nosotros. La parte sutil e imponderable de nuestro Ser, aquella que escapa a nuestros sentidos, la cual, perteneciendo a ese mundo invisible del cual venimos en ocasión de nuestro nacimiento y al que regresamos cuando morimos, es la que constituye el mundo de las causas, de las sanciones, la única permanente y durable.

Esa forma invisible e impalpable que sustenta a nuestro cuerpo durante la vigilia, que de él se desprende durante el sueño y después de la muerte es, a través del tiempo, la sede de nuestra alma y de sus facultades: la conciencia, la razón, el sentimiento y la voluntad. Por ella estamos ligados a un orden superior y divino y, por ella, somos imperecederos.

En ella está también la fuerza de las intuiciones profundas, de las inspiraciones que iluminan a nuestro Ser cuando nos sabemos abstener de las influencias materiales y dar libre curso a las fuerzas ocultas que residen en nosotros. Pero el hombre muy raramente oye las voces que hablan en él, distraído como está por las preocupaciones exteriores.

Si supiésemos leer en el bello libro de la conciencia, en él encontraríamos el reflejo de todas las leyes superiores. Pero como las voces de la conciencia, la fuente de las inspiraciones son sofocadas, ahogadas bajo la suma de los intereses y de las pasiones materiales, la enseñanza de los Espíritus viene a restablecer la ley moral, llamándonos a cumplir las reglas de la vida aquí, en este mundo y en el más allá. Y es gracias a esa enseñanza que la justicia se nos muestra como una norma del Universo, no más la justicia humana, siempre defectuosa, sino la justicia divina, infalible, insuflada de misericordia.

Nada de penas eternas, sino la posibilidad, para todos los culpables, de la reparación, de la rehabilitación por la expiación, por el dolor. Nada de paraísos, de infiernos, de purgatorios que se abren y se cierran por medio de oraciones pagadas. Tampoco lo irracional donde se confunden en desorden, sin distinción y sin mañana, el bien y el mal, lo justo y lo injusto, el asesino y la víctima. Pero sí la certeza de que no hay separación definitiva para aquellos que se han amado; la perspectiva de volvernos a ver, después de la sanción común que nos correspondió por la justicia, en otros mundos más felices. Como también la prueba de que Seres afectuosos, aunque invisibles, nos asisten, nos protegen, nos inspiran y guían nuestros pasos por los senderos abruptos de la vida; la prueba de que nadie de nosotros está solito, abandonado, sino que una protección tutelar

se extiende sobre todos y nos reúne con nuestros amigos del Espacio en un sentimiento de confianza y de amor.

El Espiritismo, bien comprendido como bien practicado, se convertirá, para los corazones sufrientes, para las almas desoladas, en una inmensa fuente de fuerza moral y de consolaciones.

Aquí surge una cuestión: ¿Qué es la moral? ¿En qué consiste ella? ¿Es apenas una concepción arbitraria del deber, un conjunto de preceptos establecidos por los hombres conforme a los tiempos y los medios? ¡No! La moral es una de las expresiones de la ley eterna, divina, de evolución y progreso, ley de la cual ella es inseparable, dado que en ella encuentra su apoyo y su sanción.

Es así como la moral, llamada positiva, separada de la noción de la inmortalidad del alma y de la idea de Dios, es siempre fría. Ella no toca ningún corazón, ningún Espíritu, por lo que se muestra estéril. Ella es como la simiente que se arroja sobre las piedras. Fue ésta la moral de la escuela laica durante una treintena de años y por ella podemos constatar los frutos amargos que dejó en la mentalidad de las generaciones que contribuyeron a formar. Para reaccionar contra este estado de cosas se sueña, en ciertos medios, en darse lugar a la escuela congregacionista, pero esto sería caer de Caribdis en la Scila⁶.

La enseñanza moral debe mostrar a todos la finalidad de la vida, que no es la procura de la felicidad, como muchos suponen, sino el perfeccionamiento y la depuración del Ser que debe salir de la existencia mejor de como en ella entró. Los medios de esta realización son el trabajo, el estudio, el esfuerzo constante hacia el bien.

Con el cumplimiento de la ley moral, el hombre se eleva; violándola se rebaja y se muestra peor; él se condena a sí mismo a subir más penosamente la cima sobre la que resbaló.

No tenemos más que mirar a nuestro entorno para evaluar los males, las enfermedades, los reveses, las consecuencias de las existencias anteriores mal llevadas y perdidas. Mas, ¡cómo son difíciles de hacer comprender al hombre moderno las verdades más evidentes y más rudas, las lecciones de la adversidad, ya que su Espíritu fue falseado por tantos siglos de errores dogmáticos!

De estas consideraciones resulta que la reforma social, para ser más segura y más práctica, debería comenzar por la reforma del hombre en sí mismo. Si cada uno se impusiese una disciplina intelectual, una regla capaz de asfixiar, de destruir ese fondo de egoísmo y brutalidad que nos fue legado por las edades, todo el acopio mórbido que traemos al nacer y que

⁶ Cae en la Scila quien desea evitar a la Caribdis o, con otras palabras, de dos males, es conveniente elegir el menor, se refiere a un famoso remolino existente en el estrecho de Mesina, muy temido por los navegantes en la Antigüedad. [Nota del t. al español.]

constituye la herencia de nuestras vidas pasadas, y ello con la finalidad de hacer renacer en nosotros un hombre nuevo, la evolución del medio social sería rápida. Podríamos así instaurar el régimen que, con orden y libertad, trajese a los hombres más felicidad, pues acabamos de ver que la causa de todos los males radica en nosotros mismos, lo que sería suficiente para vencer lo que existe de inferior y de malo en nuestro Ser para así transformarnos en más felices. La felicidad no está fuera de nosotros, sino, y fundamentalmente, en nuestra manera de juzgar las cosas, en nuestra mente.

La tarea más urgente y más necesaria para cada uno de nosotros sería la de trabajar en el cultivo de nuestro Yo, en la reforma del carácter, a efecto de servir de ejemplo a aquellos que nos rodean y así, sucesivamente, a la sociedad entera. Actuando en tal sentido entraremos plenamente en los caminos de nuestro destino final, ya que la educación del alma es la finalidad última, el fin supremo de nuestra inmensa evolución. Recogeremos los frutos inmediatos resultantes de nuestros esfuerzos, mientras que si actuamos negligentemente nos privamos de las ventajas que de ellos devienen y de las alegrías que la ley reserva a todos aquellos que mucho trabajaren, mucho amaren y mucho sufrieren.

No siendo el estado social, en su conjunto, sino el resultado de los valores individuales, importa, antes que nada, obstinarnos en esa lucha contra nuestros defectos, nuestras pasiones, nuestros intereses egoístas. Mientras no hayamos vencido al odio, a la envidia, a la ignorancia, no se podrá lograr la paz, la fraternidad, la justicia entre los hombres y, en consecuencia, la solución de los problemas sociales permanecerá incierta y sin solución.

El estudio del ser humano nos lleva, pues, a reconocer que las instituciones, las leyes de un pueblo son la reproducción, la imagen fiel de su estado de espíritu y de conciencia y demuestran el grado de civilización al cual él llegó. En todos los intentos de reformas sociales es preciso hablar al corazón del pueblo, al mismo tiempo que a su inteligencia y a su razón.

La sociedad no es más que un agrupamiento de almas. Para mejorar al todo es preciso mejorar cada célula social, esto es, cada individuo. Expusimos anteriormente los desórdenes de nuestro tiempo, las miserias de nuestro siglo atormentado, así como demostramos sus principales causas. Hablamos del egoísmo de unos, de la rapacidad de otros; vimos el escepticismo fluir y reinar soberano; el alcoholismo, la corrupción desarrollarse por debajo y por encima de todo; la ignorancia sobre la finalidad de la vida, la incerteza en cuanto al mañana, al desconocimiento de los deberes más imperiosos, en una palabra, al debilitamiento de los

caracteres y la corrupción de las costumbres. Si las mentalidades se hallan falseadas, si el libre albedrío ha disminuido, si la fuerza radiante del hombre mermó, es que la fe en un ideal superior, en la Causa Suprema se adormeció. Las bellas pasiones se extinguieron, los actos generosos que alimentaban la llama vivificante se muestran raros.

Mas, ¿de qué servirían las recriminaciones, las críticas vanas? Vale más procurar remedios, esto es, los medios de crear una sociedad más feliz y mejor, una sociedad en que la justicia, el Derecho y la Moral no serían más apariencias, sino realidades vivas. Mas, ¿dónde encontrar esa luz consoladora que esclarezca y balsamice a las almas en penurias, deteniendo a los desesperados al borde del suicidio, oponiendo un freno a las pasiones desenfrenadas que invaden al mundo?

Para eso, lo más esencial sería dar al pueblo una nueva educación basada sobre una doctrina espiritualista vasta y racional. Es preciso, antes que otra cosa, que los pensadores mantengan la luz y proyecten sus radiaciones sobre sus hermanos más ensombrecidos a fin de disipar las tinieblas que los envuelven; cabe a la escuela, sobre todo, inculcar en la juventud los principios regeneradores, pues no se forma una sociedad sin todas sus piezas y porque es preciso comenzar en la infancia a preparar la obra del siglo.

Es precisa una concepción simple, nítida y clara de la vida y del destino. Para coronar la educación popular es necesaria una alta moral liberada de preconceptos, de sectas y de castas; impregnada de piedad humana, de piedad para con todo y con todos, los que sufren, aquí en nuestro mundo, hombres y animales, pues estos últimos son muchas veces víctimas inocentes de la brutalidad humana.

La envidia y los celos engendran el odio entre las clases pobres. Es preciso anular el odio del corazón humano, pues con él no hay paz, armonía ni felicidad posibles. El odio no puede ser vencido por el odio, dice la sabiduría antigua; él no puede ser vencido sino por la bondad, la benevolencia y la tolerancia. Es provechoso no dejar de recordar a los escritores, a los renovadores, sus deberes y sus responsabilidades, pues con la pluma y la palabra ellos poseen un grande poder, tanto al servicio del bien como del mal. Que ellos recuerden en sus artículos o sus discursos que pueden ser, para cada receptor de los mismos, una causa de elevación o de inferiorización de su Ser. El peor de los papeles de este mundo consiste en trabajar conscientemente por el envenenamiento de las almas.

Tórnase imperiosa y necesaria la tolerancia en nuestras costumbres a efectos de no arrojar el anatema a aquellos que piensan de modo distinto al nuestro. Me hace bien reconocer, por mi parte, que, entre mis contradictores existen personas de méritos, dignas de consideración y estima. La nueva educación deberá insistir sobre la noción de las vidas sucesivas, pues, mientras esa grande doctrina no viniere a esclarecer el

camino del hombre en la Tierra, la incerteza hará que siga él andando a tientas, cometiendo errores y todos los males que devienen de la ignorancia y de la finalidad última de la vida.

Del mismo modo que nos debemos destacar por el pensamiento de lo que representa nuestro minúsculo planeta y considerar el conjunto de los mundos para entrever la unidad del Universo y la majestad de sus leyes, es igualmente abrazando con un mirar el panorama de nuestras existencias que podremos conocer el lazo que las religa entre sí y las somete al principio de justicia que rige a todas las cosas. Entonces comprenderemos que construimos, nosotros mismos, nuestros destinos y que nuestros actos, buenos y malos, recaen sobre nosotros a través de los tiempos con todas sus consecuencias. Nuestra manera de pensar, vivir y actuar, de esta manera, y sin duda alguna, sería profundamente modificada.

Pero esto es imposible por dos razones: una moral y otra fisiológica. De acuerdo con la situación de la mayoría de nosotros, que estamos aún en los grados inferiores de la evolución, nuestras vidas pasadas no son, en general, sino un tejido de errores, de flaquezas, cuyo conocimiento, hipnotizándonos, paralizaría nuestra iniciativa y llegaría, incluso, a anonadar nuestros esfuerzos. Y desde el punto de vista fisiológico, nuestro cerebro material es incapaz de reproducir el recuerdo de los acontecimientos de los cuales él no participó. Pero en las profundidades de nuestra memoria, en lo que se denomina el subconsciente, todas las adquisiciones anteriores subsisten y de ahí provienen las actitudes, las facultades, los rasgos de nuestro carácter y todas las muestras que acusa nuestra personalidad, es decir, lo que hay de más esencial para el cumplimiento de la tarea de cada nueva vida.

Poseemos ahora, en las manifestaciones de los Espíritus, pruebas innumerables de la supervivencia; mas, por encima de estas comprobaciones indubitables, es preciso que observemos atentamente, sin idea preconcebida, a efectos de constatar que nuestras necesidades intelectuales desbordan los límites de nuestra actual vida; que nuestras aspiraciones, nuestras tendencias ultrapasan el cuadro estrecho de la existencia actual.

En todo, el ser poco evolucionado se observa como un reflejo, un resumen, una síntesis de las fuerzas universales. Materia, fuerza y espíritu. Y por estas tres manifestaciones de la realidad nosotros nos sentimos más ligados a este Universo inmenso y a su finalidad. Las formas apenas pasan y se desvanecen, las fuerzas se transforman, mas el alma permanece indestructible.

Es preciso comprender que todo en el Universo: justicia, verdad, moral, todo se combina y funde en un principio único que es la ley viva del Universo y se identifica en Dios. Recién cuando el hombre grabó esa ley en su conciencia y de ella hizo el móvil de sus acciones, es entonces que él entra en comunión divina y goza las alegrías que de ella devienen.

En realidad, este fin, este resultado está lejano; él es difícil de ser realizado plenamente en la Tierra. Con todo, todas las grandes obras en él se inspiran y por él están destinadas a perpetuarse en el tiempo. Los socialistas deben, pues, adoptarlo por sobre todo y de él hacer la regla de su trabajo, la base de sus organizaciones.

En efecto, pues, ¿cómo podría vencerse al mal, al error, a la injusticia en el mundo si no se comenzara a vencérselos en cada ser en particular?

Esta lucha, entre todas, es meritoria y es fecunda. A cada paso que da hacia adelante, esto es, tras la conquista sobre sus pasiones y debilidades, el hombre siente aumentar sus fuerzas radiantes y la influencia benéfica que ellas ejercen sobre sus semejantes.

El aprende poco a poco a unir sus esfuerzos con los del mundo invisible para la realización de la obra común: el perfeccionamiento individual y social.

Desde este punto de vista, repetimos, el Socialismo tendría un grande papel a desempeñar. Éste sería el de hacer penetrar en el alma del pueblo el culto de la belleza intelectual y moral bajo formas simples, pero capaces de reaccionar contra esos placeres malsanos con que el Espíritu se corrompe y el gusto se pervierte. Sería el culto de elevar el pensamiento hacia el ideal donde converge toda la evolución universal, hacia esas alturas desde donde irradian la luz, la verdad, la bondad. Pues no basta asegurar el bienestar material, es preciso también dar al hombre la fuerza moral que lo sostendrá en las pruebas, en los reveses, en las enfermedades, así como ante la muerte de aquel a quien él amó en este mundo.

Todas las ventajas materiales, los mayores salarios no son suficientes para preservar al hombre del desánimo, de la desesperación en las horas dolorosas, por ejemplo, cuando él descendiere a la tumba el cajón mortuario de aquellos a quienes quiso; cuando él se siente alcanzado en sus sentimientos más íntimos, en sus afectos más profundos.

No hay doctrina que nos pueda proporcionar tanta consolación como el Espiritualismo moderno, o Espiritismo, pues él nos demuestra que todo sobrevive para evolucionar. Las almas que nos precedieron en su partida al más allá conservan los tesoros de su ternura, nos protegen, nos asisten en circunstancias difíciles y a ellas las encontraremos un día para recorrer juntos nuevas etapas ascensionales. Podemos obtener, pues, pruebas de su supervivencia y de los intereses comunes que tienen para con nosotros.

Muchas veces noté que el trabajo manual, para la mayoría de los trabajadores, es puramente maquinal y no utiliza la libertad de su

pensamiento. Si éste fuese regularizado, disciplinado, orientado hacia un fin elevado, él podría convertirse en un medio poderoso de perfeccionamiento para el individuo y, por reflejo, sobre todo el medio, mientras que el pensamiento fluctúa casi siempre sobre asuntos pueriles y vanos, perdiéndose así todo su poder educativo y social.

Así como el adagio de la sabiduría oriental dice: *Somos lo que pensamos*, aquel que habla y actúa conforme a un pensamiento puro, la felicidad lo sigue como su sombra. Pero los occidentales no saben administrar el juego de sus facultades, y esta es la razón por la cual la existencia es, muchas veces, tan estéril para el progreso. Ellos han venido a la Tierra para engrandecerse intelectual y moralmente y de aquí se van como han llegado, es decir, sin cuidar de sus caídas morales y con la posibilidad de renacer nuevamente en medios inferiores y groseros en los que las tareas serán más penosas y rigurosas.

La ley de la jornada de ocho horas ofrece al trabajador más posibilidades para el trabajo intelectual y el cultivo de su Yo. Que él sepa de eso sacar partido; es preciso no perder de vista que nuestras responsabilidades se miden por la extensión de nuestra libertad y de nuestros medios de acción. Y esto se aplica a los hombres de todas las clases y de todas las condiciones.

Es preciso que todos aprendan a liberar metódicamente sus Espíritus de todas las insinuaciones bajas de nuestro mundo material y dirigir sus miradas hacia los vastos horizontes, desde donde el destino los llama, sin lo cual no arriesgarían el reencontrarse, más allá de la tumba, en el estado de tantos humanos que se han descuidado de la ley moral, esto es, en un estado prolongado de turbación, de inquietud y de oscuridad.

Por todo ello no se necesitaría volver a decir que todo el destino del Ser, las condiciones de su vida futura, su situación en el más allá, todo está regido por una ley inmanente que lleva en sí misma su sanción. El hombre, mediante sus actos, hace en él, en su alma, la luz o las tinieblas.

Esta ley inmanente, que no es sino la ley moral, no es, pues, el resultado de una convención terrestre, sino la expresión del más alto y supremo valor, el reflejo del pensamiento divino, la forma suprema de la belleza eterna. Sólo a través de ella llegaremos a triunfar sobre los más bajos instintos y las fuerzas inferiores, a orientar nuestras fuerzas hacia una finalidad siempre más elevada y depurada. Por medio de ella nos sentimos libres y responsables, verdaderamente hijos de Dios, de Él emanados y destinados a Él retornar.

La rivalidad entre los partidos despierta, a veces, pasiones sumamente violentas que oscurecen a las más grandes inteligencias y falsean los más rectos juicios. Por ello es que no conviene tocar las cuestiones sociales sino con gran seriedad. Es preciso aproximarse a su trato al término de una larga carrera, después de haber adquirido una madura experiencia de los hombres y de las cosas y haberse apartado por anticipado de las contingencias terrestres para de eso hablar con una serena imparcialidad.

Es un poco mi caso, la razón por la cual me propuse abordar estas cuestiones con la más absoluta franqueza. Recibí sobre este tema un cierto número de cartas que presentan los más variados matices de opinión, desde las aprobaciones más calurosas hasta las críticas más amargas. No pudiendo responder a todas, envió a sus autores, indistintamente amigos y adversarios, a quienes me aprueban o me injurian, una radiación de mi corazón, un pensamiento igualmente simpático. Yo apenas pediría a mis contradictores que prestasen mucha atención a la finalidad de los artículos que escribo antes de juzgarme o de condenarme.

En todos los tiempos, en todos los medios, la cuestión social fue objeto de preocupación por parte de pensadores, filósofos y políticos; ella dio motivo a una multitud de teorías y sistemas, a un caos confuso donde el investigador difícilmente encuentre el hilo de Ariadna que le impida el desorientarse.

En la actualidad aún, los socialistas se dividen en numerosas escuelas o corrientes. Los alemanes, en número importante, adhieren a las teorías de Karl Marx, que se inspira en el materialismo brutal que preconiza la lucha de clases y su conclusión, lógicamente, desemboca en una dictadura del proletariado, esto es, en el bolcheviquismo. Ahora bien, se sabe lo que este régimen proporcionó a Rusia; volveremos más adelante sobre este tema.

Después del suceso de las fuerzas armadas alemanas en Sadowa, luego de Sedán, las doctrinas marxistas se propagaron considerablemente. La Democracia Social se había mostrado poderosa para impedir la Gran Guerra, mas, a pesar de la promesa hecha a Jaurès, ella no sólo votó los créditos militares pedidos por el emperador con miras a esa guerra, sino que tomó parte en ella de un modo pérfido y cruel. Por ese hecho ella asumió ante la historia una penosa y terrible responsabilidad.

Los socialistas franceses adoptaron preferentemente las doctrinas de Fourier⁷ y de Proudhon⁸. Su fin común propuesto consistía en la supresión

⁷ Fourier, Charles (1772-1837) - Célebre socialista utópico francés, brillante crítico de la sociedad burguesa. Puso al desnudo las ideas y las promesas de la Revolución Francesa sobre la igualdad, la fraternidad y la justicia, por un lado, y la miseria de la sociedad burguesa por el otro. El régimen burgués está pervertido. La pobreza es creada por la superabundancia de los demás. Este orden social mutila al hombre, ahoga sus sentimientos, sus ansias, sus

pensamientos. Con el régimen burgués la felicidad de unos es la causa de la desgracia del resto de la sociedad. Bajo la influencia de las ideas profesadas por los materialistas franceses acerca del papel decisivo de la educación, Fourier elaboró su teoría de las pasiones humanas para demostrar la necesidad de la instauración de la sociedad socialista. Son propias del hombre doce pasiones: el gusto, el tacto, la vista, el oído, el olfato, la amistad, la ambición, el amor, la familiaridad, el sentimiento de fraternidad, la pasión por la intriga y la conspiración y la tendencia a jugar con la adversidad. Los moralistas sólo habían denunciado la depravación de la naturaleza humana y exhortaban a dominar las pasiones. En realidad - declara Fourier-, lo que está viciado es el régimen social. El hombre es, esencialmente, bueno. Se trata de crear una sociedad que favorezca la plena satisfacción de las pasiones humanas, su desarrollo y su florecimiento.

Partiendo de estas premisas, Fourier esboza el cuadro social del futuro, cuya célula fundamental es la falange, compuesta de "diferentes tipos de producción". Todos los miembros de la falange tienen derecho al trabajo. Ofreciendo de buen grado sus pasiones, adhieren a los distintos sectores de producción. El trabajo es considerado en la falange una necesidad, una fuente de gozo. La ausencia de especialización obligada, que mutila al hombre en el régimen burgués, contribuye a eso. Durante el curso de una jornada, cada miembro de la falange cambia de ocupación varias veces. De esta manera se satisface la necesidad de variación, propia del hombre. Fourier decía que los hombres del porvenir, por su altiva intrepidez, habían de vencer todos los obstáculos; que la palabra imposible para ellos no existiría. En la sociedad futura los intereses del individuo coincidirían con los de la sociedad. Se llegaría a la abundancia de bienes materiales como resultado de un trabajo altamente creativo y productivo. La distribución en la falange se hacía, esencialmente, de acuerdo con el trabajo y el talento: 5/12 de las entradas por el trabajo y 3/12 por el talento. Fourier expresa, de una manera rudimentaria, la idea de la supresión opositora entre el trabajo intelectual y el manual, entre la ciudad y el campo.

El socialismo de Fourier tiene un carácter utópico. Fourier se oponía a la revolución violenta. Desesperanzado, pensaba organizar la sociedad socialista del porvenir recurriendo a la propagación pacífica de sus ideas. Concebía la posibilidad de crear falanges en el capitalismo. Fourier se dirigía a los ricos, a quienes confiaba sus proyectos con la esperanza de obtener subvenciones para realizarlos. Con el fin de atraer a los capitalistas, Fourier les ofrecía los cuatro doce avos restantes de las entradas. Igual, que los demás socialistas utópicos, ignoraba la misión histórica de los trabajadores. Fourier, Saint-Simon y Owen eran socialistas solitarios a quienes las masas no seguían. El socialismo no podía contar con una salida eficaz para liberar a la humanidad de la esclavitud capitalista.

Fourier ejerció una grande influencia en el desenvolvimiento de las ideas socialistas. Marx lo calificaba como uno de los "patriarcas del socialismo". Junto a Saint-Simon y Owen, Fourier constituye una importante fuente teórica del socialismo científico. Sus obras principales son: *Teoría de los cuatro movimientos y de los destinos generales* (1808); *Teoría de la unidad universal* (1822), y *Nuevo mundo industrial y societario* (1829). [N. del trad. Al portugués.]

⁸ Proudhon, Pierre Joseph (7809-1865) -Literato, economista y sociólogo francés. Fue uno de los precursores del anarquismo contemporáneo. Soñaba con la perpetuidad de la propiedad privada y criticaba a la propiedad capitalista desde el punto de vista del pequeño burgués. En el Manifiesto del Partido Comunista, Marx y Engels hacen notar el encarnizamiento de Proudhon en conservar "...la sociedad actual, mas sin los elementos que la revolucionan y la descomponen". O dicho de otra manera, sin el proletariado revolucionario. Proudhon era un adversario de la lucha de clases, de la revolución proletaria, de la dictadura del proletariado. Según él, un "banco popular" que ofreciese el crédito gratuito permitiría a los trabajadores adquirir los medios de producción y convertirse en artesanos. Igualmente reaccionaria era la idea utópica de Proudhon relativa a los bancos de intercambio que asegurarían a los trabajadores la colocación equitativa de sus productos sin atentar contra la propiedad capitalista de los instrumentos y medios de producción. La negación anárquica del Estado no impidió a Proudhon

del salario en provecho de un nuevo régimen de propiedad con sentido colectivo y con la socialización de los medios de producción y cambio. Mas, desde el comienzo, se produjeron, en sus modos de aplicación, y tanto en los núcleos unificados como en los demás agrupamientos, divergencias y contradicciones insalvables.

Es ahí, precisamente, donde resalta la ausencia de un ideal superior que religase a todos los esfuerzos y ventajas para hacerse sentir, dado que no es el materialismo, tan en boga en esos medios, el que esté en condiciones de inspirarlo. Por el contrario, los apetitos mezquinos se muestran con evidencia y el socialismo, muchas veces, sirve de trampolín a ambiciosos, destituidos de grandeza moral, para llegar a sus fines políticos, sin cuidar de los compromisos contraídos, lo que ha contribuido innumerables veces para desacreditarlo ante la opinión general.

Estamos en presencia, pues, de dos grandes corrientes opuestas, una germánica y rusa, y otra occidental. La primera, como vimos, se inspira en un dogmatismo estrecho y vulgar, formada por teorías preconcebidas y sin ninguna relación con las necesidades sociales. Ella conduce directamente al dominio exclusivo de una clase, al terrorismo y al nivelamiento.

El señor Hesnard, en su estudio muy documentado, *Les partis politiques allemands*, hace notar que en el Reichstag los socialistas, poco inclinados a reconocer el Tratado de Versalles y el derecho de Francia a las reparaciones de guerra, apoyaron a todos los gobiernos "que aludieran a las obligaciones, y no es exagerado pretender que todos los partidos políticos (alemanes) tenían sólo un deseo: el de hacer fracasar la paz".

La corriente occidental, francesa e inglesa, es, en cambio, organizadora y constructora. Ella se extiende abarcando todos los medios: sindicalismo, cooperativismo, participación, mutualidad, seguros sociales, proporcionando a los trabajadores de todo orden una parte creciente en los beneficios de la producción y en el régimen de la propiedad. Pretende ella crear, paulatinamente, una vasta organización internacional que sería la sociedad de las naciones viviendo y actuando pacífica y mediadoramente.

Su error consiste en concebir que se pueden lograr los objetivos sólo a través de medidas políticas y económicas. Olvídense de que es preciso -por

tratar de congraciarse con el gobierno de Napoleón III, con la esperanza de realizar sus planes con el apoyo del régimen bonapartista. Las obras de Proudhon, incluyendo su *Filosofía de la miseria* (1846), son propias de un metafísico que aborda el tema de la sociedad desde el punto de vista de la justicia eterna, abstracta, definitiva. La historia de la sociedad, considerada desde la óptica del idealismo absoluto (notablemente vulgarizada) de Hegel, no es para él más que la historia de las ideas, que trata de presentar su desenvolvimiento dialéctico. Ahora se suma la dialéctica proudhoniana, que nada tiene que ver con la dialéctica hegeliana. Para Proudhon, la unidad de los contrarios es una suma mecánica de lados, buenos y malos. De esta manera él proponía reformar el capitalismo eliminando sus lados malos y creando el buen capitalismo. Proudhon es uno de los fundadores del anarquismo. Su obra *Filosofía de la miseria* fue sometida a una crítica implacable en *La miseria de la Filosofía*, por Marx. [N. del trad. al portugués.]

sobre todo- lograr una fe ardiente, un ideal elevado capaz de fecundar todos los esfuerzos; olvídense de que es necesario el espíritu de entrega y sacrificio para hacer nacer el sentimiento de altruismo, que es el cimiento imprescindible para toda edificación social.

Cualquiera que sea el punto de vista en que nos ubiquemos, no puede organizarse la vida, aquí en este mundo, sin saber cuál es la finalidad de ella y las leyes que la rigen, hacia qué horizonte ella nos conduce. Un conocimiento más amplio de la vida universal y de la solidaridad que nos religa a todos los seres, les demostrará a los socialistas que es necesario elevarse por encima de los intereses de casta y de clase para realizar cualquier obra de mayor envergadura y carácter inquebrantable.

Todos los partidos socialistas tienen la ambición legítima de conquistar el poder y sustituir a los gobiernos burgueses. Mediante discursos verborrágicos prometen a los electores generar empleos públicos con un sentido de orden, de economía y de progreso. Mas, en casi todos los lugares en que los administradores socialistas gobernaron, se pudo constatar una recrudescencia de procesos arbitrarios y de desorden en las finanzas.

En este momento, (año 1924), quejas se levantan por toda Alemania, protestas que un periódico popular y liberal resume en estos términos: "La experiencia socialista produjo resultados lamentables. La política del Partido agita las pasiones y provoca recriminaciones generalizadas. Los grupos del medio reprueban a los dirigentes ejercer una autoridad unilateral y colocar los intereses de su partido por sobre los intereses del Estado, por ejemplo: las nominaciones que son hechas y testimonian un verdadero nepotismo y favoritismo. El ministro de instrucción pública otorga hasta incluso los diplomas de doctor y usurpa, de tal manera, un derecho que no pertenece sino a las facultades. Las protestas y las medidas de control sobre los actos de los socialistas, pronunciadas en Berlín, son sofisticadas por el canciller".

Podríamos recordar que en Francia, el hecho de las municipalidades ser gobernadas por socialistas en muchas de nuestras grandes ciudades, las finanzas han caído desordenadamente en ciertos departamentos por la gestión de sus Consejos.

En Inglaterra, el caso Poplard está fresco en todas las memorias. La administración de la Cámara Municipal de Leicester no fue muy edificante. Es verdad que el ministro de trabajo manifiesta intenciones muy loables y un ardiente deseo de solucionar los problemas difíciles que pesan sobre la situación europea.

Es preciso también notar que la inexperiencia de los socialistas, que no tuvieron sino raramente ocasión de adquirir el conocimiento de los

procesos inherentes al manejo de los intereses, es parte de la culpa que corresponde a las viejas clases de dirigentes.

Es una característica de la raza anglosajona cultivar la libre iniciativa y desarrollar las fuerzas y la voluntad de cada uno. Los socialistas franceses esperan casi todo del Estado. ¿Cuál es, entonces, la teoría que responde mejor a la grande ley de evolución? La primera asegura no sólo la riqueza y la prosperidad de las naciones, sino que está también conforme al principio universal que impulsa a todos los seres hacia lo mejor, hacia el bien, haciendo crecer el haber personal y colectivo.

La sobreprotección de todas las cosas por el Estado paraliza los esfuerzos laboriosos, suprime la libre iniciativa y el espíritu de emulación. La nacionalización de las minas y de los ferrocarriles se traduce casi siempre en un déficit; de ello resulta la elevación de las tarifas y, en consecuencia, se suman más dificultades en la vida pública.

En realidad, el estatismo debilita el poder de las naciones, su libre expansión y su afirmación ante el mundo. El Estado, en manos de un partido o de una clase que se apoye en la violencia, sobre la fuerza y en provecho de una única fracción del país -como vimos acontecer en Rusia y en Hungría-, conduce a los peores excesos, destruye la obra de siglos y lleva a una nación a la ruina, a la regresión, a la barbarie.

Si hay una nación que haya sufrido pasiones políticas descontroladas, ella es Rusia. Las tempestades que en ella se han soportado son incalculables. Podemos recordar las convulsiones que este país tuvo que sufrir, así como las masas fueron allí excitadas por ambiciosos cínicos que, en el fondo, bien sabían que sus teorías eran falsas, pero que de ellas se valían como de una escalera para subir al poder.

El gobierno de los soviéticos había proclamado solemnemente la supresión del capital y de la propiedad individual, propugnó el nivelamiento social y, en una palabra, el comunismo más integral, más riguroso, mientras que, después de transcurridos cinco años de miseria, de hambre, de crueles sufrimientos para el pueblo se vio obligado a hacer un llamado a los capitalistas extranjeros, a recurrir a los técnicos de todos los países a efecto de reconstruir penosamente lo que había destruido. No se podría haber soñado una falibilidad más absoluta, y esto constituye una grande lección para las democracias occidentales.

Lejos de nosotros está el pensamiento de criticar a los comunistas de convicción sincera que desearían establecer en la Tierra el régimen social que reina, probablemente, en los reinos superiores, allá, donde todos trabajan para cada uno y cada uno para todos, con espíritu de entrega absoluta a una causa común superior. Pero este régimen exige cualidades morales y sentimientos altruistas que no existen sino en condiciones excepcionales en nuestro mundo egoísta e involucionado.

Podríase suponer, de las teorías comunistas, la parte de sus aspiraciones generosas; pero sería muy fácil demostrar que ellas son prematuras e inaplicables en la sociedad actual. Serían necesarios siglos de cultura moral y de educación popular para elevar el espíritu humano al grado de perfección necesario a un orden superior de cosas, y entonces, sí, la posesión individual de los frutos del trabajo permanecería con el estimulante indispensable, el medio de emulación que aseguraría poner en acción el equilibrio de las fuerzas sociales.

Por el momento, el comunismo -como dijimos precedentemente-, no es realizable sino en el seno de grupos restringidos, limitados, cuidadosamente seleccionados, en los cuales todos sus miembros estén animados por una fe intensa y espíritu de sacrificio.

No se podría soñar con extenderse su aplicación al resto de las naciones, a millares de hombres en los cuales las variedades de caracteres y temperamentos tendría que mostrar trabajadores y sabios a estúpidos, a envidiosos, a haraganes y a imprevisores. En todos los casos, ¿no será a través del crimen y por la sangre que se podrá establecer un régimen fraternal, solidario y de amor!

Las instituciones no son realmente vivas y fecundas sino cuando los hombres, animados por una vida interior auténtica, saben animarla. Un comunismo sin ideal elevado no podría ser establecido sobre arenas perpetuamente movedizas. Las tendencias soviéticas se muestran inseparables de la doctrina materialista, ya que sólo ven el horizonte restringido de la vida presente y se niegan toda perspectiva de la vida *post mortem* de la evolución superior. Y de ello resulta una ausencia de los principios morales, una supresión de todo freno contra las inmoralidades, lo que explican las pasiones furiosas y aun las atrocidades que son puestas en la cuenta del bolcheviquismo⁹.

⁹ Bolcheviquismo: Pensamiento del ala radical del Partido Social Demócrata Ruso, orientada por Lenin. El origen del término bolchevique tiene su causa en la votación llevada a efecto en el Segundo Congreso de Bruselas, en 1902, en que el ala radical obtuvo la mayoría sobre los moderados, denominados mencheviques (minoría). Los bolcheviques recomendaban el empleo de las prácticas revolucionarias, el fin de la colaboración con los partidos burgueses y una organización centralizada del partido, en la cual sólo se admitirían revolucionarios profesionales. Las diferencias ideológicas fueron aumentando a tal punto que durante el III Congreso y en la Primera Revolución Rusa, de 1905, los bolcheviques rompieron definitivamente con los mencheviques. En 1912 formaron, en la Conferencia de Praga, un partido propio: el Partido Trabajador Social Demócrata de Rusia. El 7 de noviembre de 1917, los bolcheviques se apoderaron del gobierno mediante la insurrección armada e instauraron la Dictadura del Proletariado, proponiéndose llevar a la práctica el programa integral del marxismo. Finalmente, en 1918, el Partido Bolchevique, por propuesta de Lenin adoptó el nombre de Partido Comunista Bolchevique, denominación que conservo hasta 1952, cuando lo modificó por el de Partido Comunista de la URSS. [Nota del traductor al portugués.]

Resumiendo: lo que caracteriza al movimiento socialista oriental es la absoluta falta de toda filosofía verdaderamente humanitaria y conciliadora. Las consecuencias funestas de esta carencia se presenta clara ante la mirada de todo aquel que no esté afectado de preconceptos. Desde este punto de vista, Rusia nos brinda una lección dolorosa. En cuanto a Alemania, no tenemos ningún motivo para elogiar las ideas que, desde hace más de un siglo, nos vienen de esta nación. Sea por su militarismo brutal y devastador como por el materialismo grosero de Büchner y Moleschott, o incluso por aquellas reflexiones más refinadas, pero no menos egoístas y orgullosas de Nietzsche, y en especial por el socialismo de Karl Marx, hombre ácido y odioso, cuyo objetivo principal es la guerra de clases, todo esto desprovisto de generosidad y de grandeza, todo esto no lleva más que a la belicosidad, al atropello y destrucción de unos por los otros.

Lucien Deslinières, conocido por sus antecedentes socialistas, acaba de publicar un libro: *Libranos del marxismo*, del cual ofrece un resumen en "el repertorio politécnico", del primer trimestre de 1924.

"Durante el curso de una permanencia de cerca de un año (1920-1921) en la Rusia Soviética, donde el marxismo es ley, constaté que él tenía por efecto un desconocimiento absoluto de los principios fundamentales de la economía socialista y, por consiguiente, una ineptitud total en cuanto a todas las obras reconstructivas.

"Una vez sedimentada esa convicción en mi espíritu no dudé en romper con mi partido y proclamar la verdad. Así nació mi libro. Su interés principal incide en los puntos siguientes del marxismo: Pretendiendo innovar todo, permaneció en las cercanías de las ciencias económicas y sociales y en ellas tuvo la oportunidad de la observación de los hechos, pero se rehúsa a la investigación y compulsión de las ideas, por lo cual se muestra estéril.

"Antes de Karl Marx el socialismo era profundamente simpático; por él, es hoy execrado. La lucha de clases es una táctica perniciosa que alejaba del socialismo a aquellos que serían sus mejores elementos, restándole capacidad y fuerzas. La clase trabajadora sola, por lo demás, es incapaz de transformar a la sociedad y orientar al mundo nuevo.

"El marxismo es el responsable del malogramiento de la Revolución Rusa.

"El socialismo debe rechazar todo cuanto es demagogia y violencia y convertirse en un partido de justicia y de racionalidad, y criticando al régimen actual debe, antes que nada, ofrecer las bases positivas de una organización social mejor".

Felizmente, todos los socialistas no son marxistas. Ramsay Macdonald,¹⁰ el jefe natural del Partido Laborista, primer ministro de Gran Bretaña, se

¹⁰ Macdonald, James Ramsay - Político inglés, (1866-1938). Nacido en Lossiemouth, Escocia; falleció en altamar en un viaje a la América del Sur. Maestro de escuela y periodista después, adhirió en Londres al movimiento socialista, editando *The Socialist Review*. En 1906 entró en la Cámara de los Comunes como diputado por Leicester, y desde 1911 hasta 1914 fue en ella

refiere enfáticamente a este respecto en su discurso de Brighton, haciendo una mención del proceso del materialismo.

Un despacho de Londres, con fecha del 7 de marzo, nos anuncia que él habló en estos términos en una reunión del Consejo Nacional de las Iglesias Libres: "Soy de aquellos que tienen fe en el Estado Socialista; no me siento avergonzado ni amedrentado por eso. Pero aclaro que hay dos socialismos: Uno es una filosofía y un sistema de vida; el otro es un medio electoral. La idea de clases es un tóxico para el espíritu social".

Al respecto del clima de recogimiento moral del domingo británico, él manifiesta: "Me agradaría ver un Estado y una sociedad más de acuerdo con esa atmósfera, más propicia y mejor para la formación del carácter y la disciplina que aquella otra del domingo francés, característico de la necesidad moderna de las distracciones".

Es comprensible, bajo su forma cortés, el sentido crítico de estas últimas palabras, destinadas al público francés. Es que Ramsay Macdonald no ignora que nosotros, socialistas, hemos perdido de vista el ideal espiritualista de los hombres del 89 y del 48. Es preciso también confesar que muchos de entre ellos, en la hora actual, adoptarían voluntariamente esta actitud: Detestar y poseer. La masa ciega procura, por encima de todo, el dinero y sus placeres; ella no tiene otro dios que no sea el lucro y otra regla que no sea el apetito. El bello entusiasmo que reinaba entre nosotros durante la guerra en todas las clases, y producía la admiración del mundo, esa unión patriótica que salvó a Francia, fue disuelta para dar lugar a la debilidad, por una parte y, por otra, el desencadenamiento de la codicia. En las horas de decadencia del Imperio Romano la multitud gritaba: "¡Pan y circo!" Resumiendo: ¿Llegamos en nuestro país a esa situación y lo que pasa en derredor nuestro será índice de nuestra ruina que está próxima?

Después del grande ejemplo de heroísmo y de unión sagrados, es triste ofrecer al mundo el espectáculo de nuestras divisiones. En vez de atizar las bajas pasiones e impulsar la lucha de clases, aprendamos todos la grande

jefe del Partido Laborista, cuyo secretario era desde 1900. Reconocido Macdonald como el parlamentario más capaz del partido, fue nombrado jefe del mismo al establecer la oposición oficial, y en 1924 fue llamado a formar gabinete. Presidente del Consejo por casi un año, fue el primer político laborista que ocupó este cargo y el de Secretario de Negocios Extranjeros. El gabinete Macdonald fue derrotado en las elecciones generales de octubre de 1924, y Macdonald dimitió. Desde 1924 fue nuevamente jefe de la oposición hasta 1929. En junio de 1929 formó el segundo gabinete laborista y fue presidente del Consejo por segunda vez, y a fines de 1931 formó un gobierno nacional que duró en el poder hasta 1935, integrándolo con liberales y conservadores. Ese gobierno, entre otras medidas, adoptó la abolición del patrón oro y convirtió a las colonias inglesas en comunidades relativamente independientes. En junio de 1935 Macdonald abandonó la dirección del gobierno de coalición y, en 1937, ocupó el puesto de lord presidente del Consejo en el gabinete nacional bajo la jefatura de Stanley Baldwin. Macdonald ha viajado mucho y escrito gran número de folletos sobre socialismo y otros temas. [*Nota del traductor al portugués.*]

ley que regula el destino de los individuos y de los pueblos y contabiliza las consecuencias de las acciones cometidas por ellos.

Todos tenemos necesidad unos de otros. Un malentendido profundo existe entre los diferentes medios sociales. Toda demarcación entre ellos es arbitraria. Entre los burgueses, muchos de ellos trabajan tanto como los obreros. El hombre que posee un capital y lo hace producir, puede parecer un desocupado; sin embargo, él presta un servicio a su país, dado que su capital, fructificando, puede permitirle emprender nuevas obras. Si ellos fracasan, pierde él y no la colectividad. Es la clase media la que más tiende a sufrir con las crisis económicas, más incluso que el obrero, cuyo salario siguió la misma progresión del costo de la vida. Si la realidad nos dice que muchos pequeños comerciantes hoy son nuevos ricos, en cambio, ¿cuántos antiguos burgueses o pequeños rentistas no son hoy pobres?

El trabajo es un deber social para todos los seres, teniendo en vista la evolución. Ésta no se inmoviliza en la beatitud ociosa ni en la pasividad, al contrario, la actividad del Ser se acrecienta en la medida de su elevación. Mas, llegado a un determinado grado, el trabajo es puramente intelectual y sin fatiga corporal. En nuestro mundo inferior, todo se logra sobre la base del esfuerzo. Aquellos que viven ociosos aprovechándose del trabajo de los demás, deben recordar que otros hombres, por causa de ellos, son obligados a una mayor actividad en el campo de la producción. Todos deben participar de la obra social, sea intelectual o bien material. La unión de la inteligencia y del trabajo es necesaria para asegurar la armonía en la sociedad humana.

Las pretensiones recientes del Socialismo, en diversos medios, de dar supremacía al trabajo manual sobre la inteligencia, lleva fatalmente a un debilitamiento de ésta. De ello resulta una regresión general, una contradicción de las leyes y las finalidades del Universo, pues éstas, al contrario, fijan y establecen la superioridad del espíritu sobre la materia. Esta es la razón por la cual los socialistas deben tener el punto de partida de sus afirmaciones basados sobre la educación, sobre la enseñanza. El progreso intelectual y moral, realizándose inicialmente sobre la enseñanza y la educación, de ello resultaría, inevitablemente, y por lógica consecuencia, el progreso material.

De esta manera, toda la tarea de la inteligencia, comprendida y realizada, ennoblece a aquellos que a ella se entregan con grandeza y, con ello, la causa socialista no podría sino beneficiarse con el logro de sus reivindicaciones muchas veces justificadas, si ella sumase a ello la noción del ideal espiritualista que resume todas las aspiraciones generosas y las esperanzas de la humanidad.

5

Para resolver el problema social, hemos visto que los teóricos nos proponen diversos sistemas: colectivismo, estatismo, comunismo, capitalismo, etcétera. Sin embargo, por sobre todos los sistemas, surge una cuestión: para mejorar las condiciones de los humanos, para una repartición equitativa de los bienes, para poner término a los abusos y a la especulación desenfrenada; para destruir los vestigios de lo que fue, hasta ayer mismo, la explotación del hombre por el hombre, ¿será necesario recurrir a las instituciones, a los códigos, a las leyes?

Todas las realizaciones humanas se modifican y pasan; todas las estructuras sociales, como las que acabamos de enumerar, fueron aplicadas a través de las edades por distintas civilizaciones; sin embargo, ninguna de ellas resistió a la acción del tiempo y al choque de las pasiones. La historia registró intentos sucesivos, esfuerzos diversos de renovadores para realizar sus sueños, siempre seguidos de fracasos rotundos. De todos esos acontecimientos podemos deducir lo siguiente: que en el Socialismo, como en la política, los hombres no tienen jamás lo que creen merecer, puesto que sus conquistas sociales están siempre en relación con el estado de perfeccionamiento que ellos hayan alcanzado.

Si quisiéramos preparar un futuro mejor, comencemos, inicialmente, por instruir al hombre en cuanto a las verdades imprescindibles, es decir, preparándolo para ser más sabio, más esclarecido, más dueño de sí mismo y de sus pasiones.

En el campo de la economía, lo que predominó hasta aquí fue la libre concurrencia, esto es, la lucha de los intereses, la rivalidad, el antagonismo. Las huelgas sucedieron a las huelgas, las colisiones a los sabotajes; los sindicatos de trabajadores arremetieron contra las organizaciones patronales y los monopolios, es decir, la fuerza contra la fuerza, de lo que deviene un resultado inevitable: ¡el odio! Ahora bien, el odio no puede generar nada fecundo, nada edificante. En consecuencia: es al corazón del hombre al que se debe educar.

Lo que todos los logros materiales, el mutualismo, la participación en los beneficios y los altos salarios no han podido conquistar, una grande doctrina, simple, consoladora y pacificadora podrá alcanzarlo.

Las reivindicaciones socialistas hablaron abundantemente a los trabajadores en cuanto a sus derechos, pero jamás, sin embargo, se han referido a sus deberes. Se mostraron indiferentes a cultivar, a educar sus cualidades morales, a desarrollar en él el espíritu de orden, de previsión, de sabiduría, de lo cual, ¿qué resultó?

El pueblo vio aumentar su bienestar físico, pero no es más feliz; se mostró más exigente, más descontento, menos consciente. Con todo, para modificar todo eso bastaría con inculcar en todos el amor por el trabajo y la

confianza en la vida, que no son otra cosa, en realidad, que la elevación lenta y gradual de su Espíritu hacia la luz, hacia el perfeccionamiento.

Para comenzar, no hay otro requisito que el que resulta de los méritos adquiridos, de los servicios que se prestan, de una participación eficaz en la obra de la civilización y del progreso. Todo derecho adquirido comporta una serie de deberes correspondientes, y estos deberes son tanto más numerosos cuanto el derecho es más preciso, más amplio: deberes para con la Familia, para con la Patria, para con la Humanidad.

Esto ocurre sobre la base de la libertad, este principio tan mal comprendido y que ha suscitado siempre tantas discusiones estériles. Unos quieren una libertad absoluta, la cual lleva forzosamente a la licenciosidad, es decir, al desorden y a la anarquía. Otros adhieren a un determinismo ambiguo que haría del hombre una especie de marioneta, cuyos hilos serían manejados por un propósito invisible. La verdad está entre estos dos extremos y al alcance de todos. La libertad o, mejor dicho, el libre albedrío, es proporcional al grado de evolución del Ser y acrece en la medida de su ascensión en la escala infinita de las existencias y de los mundos.

Y esto es lo que hay de supremo y de más noble en lo referente al destino humano: la conquista de la libertad por esfuerzos constantes hacia el bien, el debilitamiento gradual de las bajas pasiones, la educación, el perfeccionamiento del alma que se persigue de siglo en siglo mediante el regreso a la carne a través de las vidas sucesivas, vidas de trabajo, de actividad, de elevación, por las cuales el Ser se desarrolla convirtiéndose en una fuerza mayor, más y más evolucionada, desempeñando por ello un más amplio papel en el Universo. El hombre es libre en la medida en que se muestra con sus actos en armonía con las leyes universales. Para reinar el orden social el Espiritismo, el Socialismo y el Cristianismo deben darse la mano; del Espiritismo puede nacer el Socialismo idealista. Existe un interés capital en congregar estos tres órdenes de ideas. El Ser se debe perfeccionar, desarrollando sus buenas cualidades innatas y destruyendo lo malsano de sus vidas anteriores.

El Socialismo no es, pues, en realidad, sino la aproximación de los fluidos de una misma naturaleza, su fusión y su armonización en la vida humana conforme al grado alcanzado durante el curso de las existencias recorridas. El conocimiento de las leyes espirituales es, en consecuencia, indispensable para establecer la verdadera naturaleza del Ser y su posible adaptación a los diferentes medios sociales. Es necesario que cada Ser, poseyendo una fuerza radiante, un poder atractivo, lo transfiera, por vía de vibraciones, a aquellos en quienes el mismo fluido circula más débilmente. Esto sería el verdadero comunismo. El objetivo esencial es lograr una correlación directa entre los puntos de vista moral, fluídico y material.

Los grandes misioneros fueron, con denominaciones diversas, grandes socialistas. El Socialismo representa la elevación de la colectividad en el

orden físico y moral, y esta mejoría debe ser regulada por la justicia y la razón. Esta es la razón por la que se muestra necesario llegar a una fusión integral a través de mudanzas imperiosas susceptibles de paralizar a las pasiones y los caprichos que subsisten en nosotros. La vida actual, no siendo más que un estado transitorio, ninguno de los problemas que con ella se relacionan puede ser resuelto con lógica si se negligencia tener en cuenta todo lo que la condiciona su pasado y la finalidad que ella debe alcanzar en el futuro.

Antes que nada, conviene desarrollar el sentido moral en el niño, en el adulto, es decir, el sentido elevado de la vida, de sus deberes, de sus responsabilidades; grabar profundamente en el pensamiento y en el corazón del ser humano esta ley imprescindible de las consecuencias de los actos que enfrentamos en el curso de nuestra vida, todos los acontecimientos, buenos o malos que nos hubiéramos creado en el pasado.

Entonces la dignidad humana se hallaría realmente ennoblecida, la existencia revestiría un carácter más digno, una finalidad más precisa, y esto equivaldría a la construcción, mediante nuestros esfuerzos y cuidados a través de los siglos, de nuestra personalidad, la edificación de nuestro destino. Somos lo que hicimos de nosotros; nuestra existencia, feliz o desgraciada, corre bajo la exclusiva responsabilidad propia; en consecuencia, la acción de la justicia se muestra evidente en el encadenamiento de nuestras vidas. Todo lo que hacemos a través del tiempo recae sobre nuestro Ser bajo la forma de alegrías o dolores. ¿Cómo el futuro podría ser mejor que el pasado si continuamos sembrando en el presente los gérmenes del odio, las causas de las discordias y de los desencuentros, si el débil continúa siendo expoliado por el fuerte, si tantos corazones sensibles son ultrajados por el egoísmo y la brutalidad, en síntesis, si el hombre sigue mostrándose cruel para con el hombre?

Todos los fluidos impuros causados por nuestras pasiones, engendrados por las obras del mal, por las injusticias cometidas, se acumulan silenciosamente sobre nosotros; mas, llega un día, cuando la medida haya sido colmada, en que la tempestad se desata bajo la forma de flagelos, de calamidades, fuentes de nuevos sufrimientos, dado que los excesos conducen, fatalmente, a un acrecentamiento del dolor hasta que el equilibrio sea restablecido en el orden moral como lo es en el orden físico.

El abuso de los placeres, el exceso de lujo, el alcoholismo, la perversión se rescatan por el sufrimiento, las privaciones y la miseria. Aprendamos a ser sobrios y medidos en todas las cosas. El hombre común frecuenta mucho los bares, prefiere los filmes con temas borrascosos y los ambientes de baja estofa. Mas es preciso que las clases dirigentes den el ejemplo a efecto de no volcarlo hacia los placeres, que son la regla predominante en su vida.

Las catástrofes, el juego de lo que denominamos las fuerzas ciegas, nos parecen inexplicables sólo porque desconocemos las causas invisibles que

los producen y que, muchas veces, emanan de nosotros mismos y se explican por nuestra inferioridad y las sucesivas violaciones que cometemos de la ley.

Contrariamente a esto, toda alma compenetrada por el conocimiento de esta ley, por esta necesidad de evolucionar, sentirá la grandeza de su papel y de su comportamiento. En presencia de este orden universal, que siempre nos hace sentir los efectos de las causas; ante esta perfección de manifestaciones y de reglas, ella comprenderá que esta magnificencia está llamada a realizar en ella y en su entorno y que, por ello, lo infinito del tiempo y del espacio le quedan franqueados.

Si consagráramos a la educación de las masas y a la vulgarización de estos principios soberanos apenas un cuarto de las sumas que gastamos en las obras de destrucción y de muerte, la faz de nuestro mundo se vería inmediatamente modificada y el progreso sería mucho más rápido en los servicios de las obras sociales. Por el desarrollo del sentido moral y la evolución del intelecto muchas causas de los sufrimientos desaparecerían y la humanidad se encaminaría, con pasos más seguros, hacia tiempos mucho mejores.

La guerra -como dijimos precedentemente-, en vez de servir de lección, fue seguida por un despertar de pasiones violentas y de mezquinos apetitos. El poder corruptor del dinero, el afloramiento de los vicios y de los crímenes no hicieron más que acrecentarse. Ni la religión, ni las ciencias, ni las disciplinas sociales pudieron detener, o por lo menos amortiguar, a esta ola oprobiosa que invade a la humanidad. En este momento se muestra evidente la necesidad de otra cosa, ahora que tantas o casi todas las instituciones han demostrado su impotencia.

La intervención del mundo invisible se torna imprescindible para despertar en los cerebros obnubilados la noción de la inmortalidad y los deberes que el conocimiento de ella implica. Esto debería hacerse gradualmente, a efecto de no perturbar los cerebros oscurecidos y desequilibrados. Es necesario un apoyo respecto a la acumulación de pruebas irrefutables. Y esto es lo que se está realizando a través de una acción providencial. De esta manera la humanidad, desgarrada y desorientada, recibe este impulso de lo Alto que la conducirá hacia un camino seguro, a la ruta real del alma -conforme a la expresión de Platón.

Ante las vastas perspectivas que se le abren y con las cuales él se familiarizaría poco a poco, el hombre se sentiría impulsado a elevar su pensamiento por encima de las bajas contingencias terrestres y miraría frente a frente a ese objetivo aún distante, pero que tan grandioso se le está mostrando.

El vocablo *invisible* se convertiría en una fuente inmensa en que todos los pensadores, escritores, poetas, artistas e inspirados irían a beber, de la manera como inconscientemente lo ha hecho la mayor parte de los hombres

del pasado, colaborando con lo invisible; mas en el futuro esta colaboración será más consciente y solidaria, requerida y solicitada, y la obra humana a través de ella se verá fecundada y centuplicada.

En su análisis de los versos dorados de los pitagóricos¹¹, el doctor Carton se entregó a un estudio admirable, pero sobre el cual debo hacer algunas reservas en cuanto a un punto.

Él considera que el conocimiento de las vidas sucesivas del alma debe quedar reservado sólo a los iniciados, oculto al vulgo. Yo creo lo contrario, que debemos mostrar al pueblo toda la verdad, tanto más ya que él es indispensable a la educación de los seres y a la regeneración social.

No hay verdadera moral sin una creencia elevada y sin sanción. La noción de las vidas sucesivas -inseparable de las consecuencias de los actos-, nos muestra la repercusión de nuestros méritos y deméritos sobre el destino humano y constituye la sanción necesaria y conforme a la justicia.

En el orden social, es de interés de todos que la ley moral sea respetada, pues la misma es la mejor garantía para nuestra seguridad; los actos culposos, los malos ejemplos, los fermentos de la maledicencia y del odio que sembramos en la humanidad altera el presente y compromete el futuro, como nos lo demuestra la ley de los renacimientos.

Además, es en vano que se procure la felicidad en la posesión de los bienes materiales y los goces terrestres, ya que el soplo de la muerte nos arrebatara todo eso efímero. La felicidad radica en la aceptación feliz y alegre de la ley del trabajo y del progreso, de la realización leal de la tarea que el destino nos impone, de lo que resulta la satisfacción de la conciencia, único bien que podemos encontrar en la vida *pos mortem*.

A veces nos preguntan, con cierta acidez: Nosotros no queremos creer en vuestras vidas sucesivas. A lo que respondo: Si creéis o no, esto no impide para nada que estéis sometidos a esta ley de modo inexorable, pues la falta a ella -que es decir al trabajo y a la evolución- lleva al sufrimiento. Todos deben respetarla, quiérase o no, pero aquellos que no se la pueden explicar ni comprenderla recogen menos provecho para su depuración y su adelanto. Una creencia o convicción depurada, decimos, es necesaria; pero ella no podemos encontrarla en la enseñanza actual de las Iglesias, que está enredada con muchos errores; tampoco se la puede encontrar en el materialismo, ya que en nuestros días la supervivencia nos está siendo demostrada a través de tantos hechos excepcionales.

Y esta creencia regeneradora es la que el Espiritismo nos trae. Mas si no podéis elevaros hasta esta concepción grandiosa de las cosas y de las leyes,

¹¹ Ver, del doctor Carton, *La vie sage*, Maloine Editor. [Nota del Autor.]

creed por lo menos en vosotros mismos, en vuestra alma inmortal, en esas fuerzas ocultas, pero evidentes, que vuestro papel y vuestro deber es desarrollar, poner en acción, a efecto de subir más alto hacia la luz para la comprensión de cuanto es bello, grande y poderoso en el Universo.

Los revolucionarios violentos que pretenden fundar un nuevo orden social sobre las ruinas y la sangre, no pasan de ciegos desgarradores. La armonía social no se puede establecer sino sobre la justicia, la fraternidad y la solidaridad.

El verdadero comunismo, por excelencia, exige la donación de sí mismo, un sentimiento de altruismo que lleve hacia el sacrificio: por ello es que no lo hemos visto puesto en práctica hasta aquí y de una manera duradera sino por asociaciones religiosas. Ellas se inspiraban en un ideal superior. En sus expresiones arrebatadas de fe y de amor llegaban a la renuncia personal en provecho de la comunidad.

Incluso es preciso resaltar que esta renuncia implicaba el abandono de la familia. Ahora bien, la familia es la base esencial, el pivote de toda la sociedad humana: un tal sistema no podría, pues, generalizarse.

La solidaridad de los seres, dentro de la comunidad universal, es un principio sagrado sobre el cual debe inspirarse toda grande obra humanitaria.

Con el materialismo, la solidaridad no pasa de un bien pasajero, efímero, que liga a los hombres entre dos nada, dos vacíos. En cambio, con la enseñanza de los Espíritus esta idea de la solidaridad crece, se reviste de una amplitud y una racionalidad que se impone. La ascensión colectiva, a través de las vidas incesantemente renacientes, nos unen estrechamente a nuestros compañeros del peregrinaje eterno. En consecuencia: estamos sumamente interesados por el perfeccionamiento moral de un medio al que necesitamos regresar y, por consiguiente, al de los seres que viven y vivirán con nosotros.

La educación de las almas, conforme a la grande ley de evolución y las consecuencias de nuestro pasado, nos obliga a renacer en diferentes condiciones sociales, sea para reparar nuestras faltas anteriores o bien para adquirir y desarrollar cualidades buenas inherentes a tales condiciones. Nos importa pues, a todos, trabajar para poder hacer reinar en nuestro mundo, en todos los medios, el orden, la justicia y la armonía. Nadie se eleva solo si no es ayudando a los demás a avanzar, a subir la inmensa escala del perfeccionamiento, haciendo penetrar en ellos los conocimientos y las cualidades provechosas adquiridas.

Unidos solidariamente a través de nuestras vidas, proseguiremos todos hacia el fin común; sintiéndonos ligados por lazos poderosos llegaremos, con el tiempo, mediante las depuraciones logradas en nuestro Espíritu, a constituir una única y grande Familia, un grande Ser colectivo en el cual

sus miembros vibren al unísono con las radiaciones del pensamiento y del amor divinos.

En la larga secuencia de existencias recorridas, en la lenta y esforzada escalada de las almas hacia una finalidad sublime, mil circunstancias nos llevan a entrar en contacto con otros seres, a compartir sus vidas, a participar de sus luchas y esfuerzos, sus trabajos, sus placeres y sus dolores. Y es así como, a través de los siglos, se consolidan los lazos que nos unen a la masa humana. Todo lo que a ésta alcanza, nos afecta; todo lo que la hiere, nos lastima.

Ante estas innegables perspectivas, la solidaridad se nos muestra mucho más amplia y poderosa que con las inseguras y balbuceantes teorías materialistas.

Unidos por orígenes y fines comunes, somos acompañados por un mismo Padre y regresamos a Él a efecto de vivir un día, por los méritos adquiridos, en su paz y en su luz.

Ante tales horizontes, ¿en qué se convierten las mezquinas rivalidades, los celos, los odios y todas las míseras contiendas de la Tierra? Ellas se desvanecen para dar lugar a una irradiación del amor que aproxima a todos los hombres en una fraternal armonía universal.

Es así como, entonces, el deber se nos muestra más preciso: el imperativo del deber de auxiliar en su evolución a los débiles, los ignorantes, los indecisos, los retrasados, todos los que están por debajo nuestro, como fuimos nosotros ayudados otrora por los Espíritus generosos que alcanzaran las cumbres del conocimiento y la sabiduría.

Así como hemos demostrado, el Espiritismo puede influir poderosamente sobre la economía social y la vida pública, dado que su concepción de la existencia y del destino facilita el desenvolvimiento de todas las realizaciones de la colectividad y de la solidaridad.

Por medio de esa enseñanza el hombre se siente más unido a sus hermanos; él sabe que no puede evolucionar sino por ellos y con ellos, y de ahí la eclosión de las ideas generosas que fueron consideradas hasta el presente como utopías, pero que podrán pasar, de aquí en adelante, gracias a esta noción de la vida evolutiva, del terreno teórico al dominio de los hechos.

Es así como el Espiritualismo moderno, o Espiritismo, concede a todas las cosas un elemento regenerador. El hombre aprende a amar a la familia y a la Patria, mas, por sobre todo, nos trae el concepto sublime de la gran Familia humana: la fraternidad de las almas, la comunión de todos en la consecución de un mismo fin, la ascensión lenta y gradual de todos hacia la luz.

¡Pobre humanidad dolorosa, tú avanzas penosamente por el camino de la vida bajo un cielo siempre tenebroso y ráfagas que queman, por momentos, y otros en que congelan! Cuando me imagino este largo desfile que se extiende sobre las laderas empinadas con un cortejo de sufrimientos y miseria, me siento embargado de una inmensa simpatía para con todos los compañeros del peregrinar terreno. En la hora actual no quiero más ver tus errores -¡oh, Humanidad!-, sino sólo tus méritos y tus males. Hace medio siglo que trabajo sin cesar, con la pluma y la palabra, para esclarecer y consolar a las almas. Impotente para sanarlas, deseo por lo menos enviarles un pensamiento fraternal a todas aquellas que se agobian bajo una ruda tarea, bajo el fardo de sus pruebas, como también a todos aquellos Espíritus que, en el Espacio, se preparan para renacer en este medio atormentado.

Este pensamiento yo lo dirijo a los mineros, sumergidos bajo la tierra; a los campesinos, inclinados sobre sus duros surcos; a los marineros que soportan las tempestades; a los metalúrgicos, a los fundidores, a los vidrieros que, ante el ardiente hálito de los hornos, forjan el hierro, trabajan el vidrio y crean infinidad de objetos necesarios a la civilización. No me olvido de la mujer, esta madre de la humanidad; la madre, compañera fiel de nuestros trabajos y de nuestros dolores, que nos dio la luz al precio de su sufrimiento, que nos acaricia, sustenta y consuela en las horas amargas.

A todos envió un fraternal pensamiento, dado que fraternidad es la palabra mágica, el principio soberano que ha de resolver todos los problemas sociales, disipará las iras, las envidias, los rencores y que, del caos de las pasiones desenfrenadas, hará surgir un nuevo mundo de armonía.

¿No es un espectáculo impresionante el ver, en todos los grandes centros industriales, a las primeras horas del día, cuando se reinicia, al despertar

estridente de las sirenas, la larga procesión de hombres, de mujeres y de niños, de rostros melancólicos y pálidos que se dirigen a las usinas a retomar las labores que les demanda cada nueva jornada? ¿O bien observar surgir de las entrañas del suelo, en las regiones del Norte, a esos mineros oscurecidos por el polvo del carbón, a tal punto que no se puede distinguir el color de sus rostros; así como en los grandes muelles en los cuales, bajo el ardiente sol, los hombres de las dársenas transportan pesados fardos?

Es preciso haber realizado bien temprano el aprendizaje de la miseria, haber conocido la lucha por el pan de cada día para comprender el estado de espíritu de esas multitudes; para tenerse la explicación de la sorda irritación incubada en el fondo de tantas almas machucadas y heridas por el pesado tormento de la necesidad.

Tal vez no haya, en el vago instinto de mejoría de la mayoría de esos hombres, sino la sombría herencia de los siglos pasados, deudas de esclavitud, que ninguna esperanza puede ofrecerles más allá de aquella de la muerte.

Pero en la actualidad, el trabajador conquistó su libertad y, más aún, su dignidad de hombre por su trabajo. Un indicio de ello es que, la fecha del 1° de Mayo, que fue hasta hace poco un símbolo de incitación a la rebelión, se convertirá, poco a poco, en un estímulo a la pacificación y a la reconciliación, para convertirse en una fiesta del trabajo que consagre la nobleza del esfuerzo realizado por la solidaridad de todos. Esta fecha será tanto más oportuna y bien acogida dado que coincide (en el hemisferio boreal o norte) con el despertar de la Naturaleza, con las sonrisas y las promesas de la primavera.

A veces me preguntan cuál es la finalidad de tantas vidas oscuras, atormentadas y sacrificadas. Si se tratase de inventariar a todas aquellas que devienen desde el origen del mundo, nos hallaríamos en presencia de cifras asombrosas. ¿Cuál es la razón de esas existencias de las que el tiempo dispersa sus cenizas a todos los vientos y de las que la memoria humana no guarda recuerdo alguno? ¿Por qué tantos dolores, dilaceraciones y lágrimas? Es que la vida es el crisol en que la sustancia del alma se purifica, en que todas sus cualidades, incluso las más endurecidas, se funden con el fuego de las pruebas, realizándose así la divina alquimia.

Es precisa esta lenta purificación de los siglos para hacer del alma primitiva, brutal y salvaje, un ser culto, civilizado, en que el egoísmo feroz se transforme en espíritu de sacrificio, haciendo surgir de los pimpollos terrestres las flores delicadas de la sensibilidad, de la piedad y de la bondad.

¡Pobre alma humana, que debes pasar por los alambiques terrestres para destilar tus impurezas ocultas, para desgastar tus asperezas! Alma humana, tú eres el enigma vivo en que se agitan y se mezclan confusamente tantas pasiones, tantas aspiraciones inciertas. Tú eres capaz de los más bellos

pensamientos y de los peores sentimientos: amor y odio, grandeza y miseria, ingratitud y devoción. Mas hay en ti una fuerza divina que tu evolución, a través del tiempo, tiende precisamente a despertar y acrecer, a fin de prepararte para tareas más responsables a efecto de que participes más ampliamente en las obras eternas. Y en esto, precisamente, consiste la finalidad de tu vida, de todas tus vidas, pues así lo señala tu papel en la escala de los mundos.

La vida no se crea ni se desarrolla sino a través del sufrimiento. Es necesario sufrir para dar a luz, para ascender, engrandecerse y depurarse; es preciso sufrir para abrirse el alma a todas sus sensaciones delicadas y poderosas, para iniciarse en el conocimiento de las grandes armonías, para gestarse las alegrías y la felicidad de la vida superior. El sufrimiento es la ley de los mundos inferiores, ley grave y austera, mas profunda en sus finalidades. Sin ella no existiría ningún equilibrio moral, ningún estimulante hacia lo mejor, ninguna comprensión de lo bello y de lo bueno. Muchas veces, en las horas de angustia, acúsase a Dios, a la Naturaleza, al mundo entero, sin pensar que la fuente de nuestros males reside en nosotros mismos. Es verdad que en el dominio moral de las causas y de los efectos el hombre no ve más que las cosas inmediatas. Su visión no puede abarcar los períodos durante los cuales se desarrolla la lenta incubación de sus errores y de sus faltas, sobre todo cuando ellos provienen de sus existencias anteriores y constituyen la trama de su destino.

Decimos que la mayoría de esos males resulta del estado mental de nuestras generaciones que, desde mucho tiempo atrás, se han apartado de la ley del deber, de las altas disciplinas, y se desgarran por los senderos floridos de las pasiones, del egoísmo y de la venalidad. ¿Por qué esta humanidad, cuyos progresos son tan notables en el orden intelectual y material, permanece estacionaria en el orden moral? ¿Por qué la barbarie, la crueldad y el egoísmo se manifiestan en nuestro tiempo con tanta o mayor intensidad que en los tiempos lejanos? Sólo el Espiritismo lo puede explicar. Las almas, suficientemente evolucionadas, al dejar la Tierra van casi todas ellas a vivir en mundos mejores, mientras que, incesantemente, llegan a nuestro planeta contingentes de almas aún groseras que vienen a procurar su educación en la esfera terrestre. Esta es la razón por la cual el nivel moral cambia tan lentamente. Se heredan los trabajos de las generaciones pasadas, pero no se heredan sus virtudes, que siguen conservándose individualmente. Y esa es también la razón por la cual es preciso trabajar, por sobre todo, en la educación del pueblo, si se quiere mejorar el estado de la humanidad.

La reforma del individuo debe conducir a la reforma de la sociedad, de manera que todo triunfo del hombre sobre sí mismo, sobre sus pasiones y vicios, repercuta sobre aquellos que viven en su entorno y que el progreso del conjunto actúe sobre cada individuo. Es, por tanto, trabajando por la

elevación de los demás que trabajamos más eficazmente para elevarnos nosotros mismos y, al mismo tiempo, se desarrolla, se acrecienta y se afirma, en nosotros y en torno de nosotros, esa noción esencial de la fraternidad que nos religa a todos, unos con los otros.

Para comprender bien la realidad y la fuerza de ese concepto, es preciso considerarlo desde la óptica que nos brinda la enseñanza de los Espíritus. No se trata aquí de la fraternidad de los cuerpos, sino de las almas, que se encuentran ligadas con todos los grados de la escala evolutiva.

Somos hermanos no sólo por nuestro origen común y nuestra finalidad única, ya que somos todos hijos de Dios y estamos destinados a reunirnos con Él, sino también porque somos llamados, en virtud de la ley de la necesidad, a recorrer juntos el camino inmenso que nos conduce a Él, y en Él reencontrarnos y reconocernos, para trabajar y sufrir juntos a efecto de que nuestros caracteres se corrijan y nuestras cualidades se desarrollen al soplo purificador y regenerador de la adversidad.

No obstante, observamos que el concepto de fraternidad no implica el de igualdad. Entre las doctrinas sociales corrientes, ésta es una de las más negadas. No hay igualdad en la Naturaleza, como de igual manera no la hay entre los humanos. En el Más Allá, todos los seres son jerarquizados según el grado de su perfeccionamiento, conforme con la ley de evolución. Las teorías revolucionarias que pretenden nivelar todo hacia abajo cometen, al mismo tiempo, un error monstruoso y un crimen, puesto que se muestran destructivas de la obra del pasado, del esfuerzo gigantesco de los siglos que se propone crear una civilización. Sería más acorde con la ley universal del progreso establecer instituciones que contribuyan a facilitar la ascensión del hombre, que le fija siempre una finalidad más elevada.

Sin duda, la obra del pasado nos llevó a muchos abusos e imperfecciones que tenemos el deber de corregir, pero ella introdujo también en la existencia humana mejoras que sería un absurdo suprimir.

Es legítimo que los hombres todos aspiren al bienestar material, así como a las alegrías del espíritu y del corazón, pero insistimos en que es por la acción moral que se llegará a mejorar nuestras instituciones, a perfeccionar el organismo social.

Para disipar los malentendidos que dividen a nuestras clases sociales es preciso, inicialmente, vivir la vida del pueblo, tomar contacto con él, comunicarle esta vibración emotiva de lo que existe de mejor en nosotros, en pocas palabras, compartir con él más estrechamente sus dolores, sus miserias, esforzarse por despertar en él gustos más nobles, aspiraciones más elevadas, un sentido de la necesidad de cultivarse intelectualmente. Se insiste demasiado sobre los defectos del obrero y muy poco se hace referencia a las cualidades de su corazón, que son tan grandes e importantes. Incluso los más hostiles son accesibles a las buenas intenciones, a los raciocinios sanos.

En mi juventud, estuve muy interesado por las cooperativas de trabajadores de la producción y participé de sus trabajos. Más tarde, cuando me consagré a la propagación del Espiritismo, me dirigí preferentemente a las masas trabajadoras, y no puedo decir que en ellas hallé menos resonancia que en las demás.

Si se quisiera saber cuánto puede lograr el Espiritismo entre los núcleos de los trabajadores, se puede medir su vasta extensión entre los mineros de la zona belga de Charleroi.

En lugar de lucha de clases, trabajemos, pues, por su fusión, preparando los elementos de las ciudades futuras construidas sobre la base de la justicia y la armonía. En ese loable propósito el Espiritismo nos ayudará con su enseñanza de que la condición de los humildes puede llegar a ser la nuestra algún día, ya que el alma debe renacer en medios diferentes para realizar su educación.

Llegando al atardecer de su vida, el hombre a veces se interroga y dirige su mirada hacia atrás, sobre el largo camino recorrido. El evoca la sombra de todos aquellos con quienes se encontró y que le precedieron en su regreso al Más Allá, al mismo tiempo que recuerda las relaciones buenas o malas, las tareas realizadas, las circunstancias difíciles vividas, las decepciones, las vicisitudes sufridas. Percibe además el eco debilitado de las agitaciones del pasado, del ruido de las pasiones, pero, en razón del tiempo transcurrido, él prefiere más el valor real de los seres y de las vivencias. Entonces en él se produce una grande paz, por lo que se siente inducido a practicar la indulgencia, el olvido de las ofensas, a perdonar las injurias. Comprende claramente el sentido profundo de la vida y las ventajas y los inconvenientes que de él devienen, conforme a las actitudes y desde el punto de vista esencial de su evolución intelectual y moral, pues en eso reside el fin supremo de la existencia.

Está al mismo tiempo en el Espacio, en el cual, sin embargo, vastas perspectivas se le abren y el círculo de sus recuerdos se extiende. El Espíritu evolucionado ve ante sí desarrollarse el panorama de sus existencias como una alternativa de etapas de sombra y de luz. De las caídas y los erguimientos él siente más sensiblemente las actitudes de solidaridad que lo religan con todos los seres que conoció, viajeros, como él, de un largo peregrinaje a través de los siglos.

Sabe que en el curso de sus vidas fue alternativamente rico y pobre, patrón y obrero, servidor y señor; que sus existencias humildes y oscuras fueron más numerosas que las brillantes. Ello en razón de que, en principio, es preciso primero aprender a obedecer para más tarde capacitarse en el mando.

El Espíritu repasa muchas veces en su memoria las escenas, los cuadros y los acontecimientos tristes y dulces de sus vidas terrenas, existencias penosas, laboriosas, a las cuales él debe su estado de progreso, de perfeccionamiento.

¡Oh, Tierra!, planeta sombrío y frío, mundo de libertinaje y de expiación, de iniciación y de rescate, tú ocupas uno de los más bajos grados de la escala de ascensión de las almas. La materia pesa penosamente en tu superficie, los cuidados ahí son múltiples y el trabajo opresivo. Todo, sin embargo, es necesario para comprimir el ímpetu de los Espíritus jóvenes para los cuales tú eres la escuela y la morada, necesarias para reprimir sus pasiones, sus apetitos desmedidos y someterlos a la disciplina. A medida que el Espíritu se eleva en la escala de los mundos la materia se torna más sutil, el trabajo más agradable y las necesidades menos imperiosas. El Espíritu penetra en el seno de las sociedades más perfectas y más felices y en ellas goza de placeres espirituales reservados a las almas purificadas.

Él reconoce a la mayor parte de los seres que lo circundan por haber recorrido con ellos sucesivas etapas terrenas. Se recuerda de la vida pasada los servicios prestados, las alegrías y los dolores compartidos, y en todos esos recuerdos descubre también los lazos que lo ligan a esa multitud como a una inmensa familia cuyo número se irá engrandeciendo a medida que el alma se eleva y participa de una manera más y más íntegra de la vida universal. El Espíritu siente en sí una fuerza que lo impulsa incesantemente a ser mejor, a desarrollarse, a perfeccionarse. Del exterior recibe una atracción que lo envuelve y arrebatada hacia las cosas divinas, hacia las cumbres de la sabiduría y de la luz. Mas, a pesar de esa atracción él se siente libre para hacer sus elecciones, tomar sus decisiones y, al mismo tiempo, asumir su responsabilidad. Él admira esta jerarquía imponente de las almas que se escalona a través del infinito y que constituye la estructura espiritual del Universo, jerarquía basada sobre los méritos, sobre las virtudes, y a la cual pueden aspirar todos aquellos que mucho estén dispuestos a trabajar, amar y sufrir.

Toda obra humana, para ser bella, grande y perdurable debe ser como un reflejo, una imagen reducida de la obra eterna. Las instituciones, las normas, las leyes sociales se deben inspirar en el grande plan general que establece el orden del Universo. Pues bien, ahí, justamente, reside el punto débil del Socialismo, la causa de su esterilidad y de su fracaso cada vez que él debe pasar de la teoría o el sistema que fuere a la realización práctica, a una organización viva.

El Socialismo se preocupa muy poco de las leyes superiores y del fin primordial de la vida, que es una finalidad de evolución y

perfeccionamiento. El se interesa mucho de lo relacionado con el cuerpo material, que es pasajero, y muy poco del espíritu, que es inmortal.

En razón de ello es que vemos instituciones que no están en armonía con los principios eternos y cuyo destino es el de desaparecer. El Socialismo debe, antes que nada, agrupar al conjunto de los conocimientos y de las fuerzas de manera de dar un impulso más dinámico y vivo a la evolución del hombre durante su jornada a cumplir en la Tierra. El verdadero Socialismo consistiría, pues, en estudiar y observar las leyes y armonías universales a fin de realizar, tanto como sea posible en el medio terrestre, en el orden físico como en todo lo relacionado con las facultades del espíritu y las cualidades del corazón. Sólo entonces serán adquiridos por el individuo la salud perfecta del alma y del cuerpo y el dominio de sí mismo, y entonces la sociedad humana tomará plena conciencia de sus deberes y su destino, con lo que el hombre avanzará más decididamente por el camino del bien. Hasta que eso ocurra, será preciso esperar pruebas, catástrofes y males de todo tipo, dado que existe una correlación armónica en todas las cosas, pues el desorden de los Espíritus lleva al desorden de la Naturaleza y de la sociedad.

Se me podrá objetar que la masa humana es aún muy poco apta para la comprensión de las verdades superiores y que más incumbe al jefe del movimiento asimilarlas, a efecto de orientar hacia un fin noble y elevado la marcha de las multitudes que lo siguen.

Es evidente que la hora de las renovaciones se aproxima. En medio de las vicisitudes de nuestro tiempo conturbado, hechos significativos se producen, por lo que se genera en nosotros una grande esperanza. A pesar de los múltiples males de nuestro siglo, se observa por todas partes una voluntad de vivir, de saber, de progresar, lo que es una garantía segura de la restauración moral y de la evolución humana.

Más propiciatorio que los gérmenes de la decadencia y de la ruina, se observa el soplo del espíritu, que suscita en el mundo emprendimientos que han de ser provechosos para el futuro. A despecho de las causas de rivalidad y de odio que aún dividen a los pueblos, se observa muy nítidamente el diseño de una necesidad creciente del entendimiento y la solidaridad que tiende a unirnos en tareas comunes.

Jamás, en el curso de la historia, la solidaridad ante las pruebas y el sufrimiento se hizo presente de una manera tan intensa. La cruel Guerra Mundial (la de 1914-1918) hirió a muchas almas y el dolor se convirtió en una promesa de renovación.

Todos aquellos que fueran afectados por la angustia, por la incertidumbre respecto al futuro, la pérdida de los seres queridos, sentirán la necesidad de un estado de cosas que prevenga a las futuras generaciones de males semejantes. Esta necesidad de la solidaridad pasó de la teoría a la acción. Engendra obras que agrupa a los representantes de los pueblos, de las

sociedades, de las corporaciones de todas las asociaciones humanas, y esto no es sino un reflejo de la repercusión de esa inmensa solidaridad que se gesta en la fuente, en el Espacio, y funciona impulsando a las fuerzas sociales de nuestra Tierra hacia un período de transformación.

Una multitud inmensa de víctimas de la guerra se desplaza sobre nosotros. Ella no permanece inactiva, pues trabaja de mil maneras, con el auxilio de los Espíritus superiores, con el fin de multiplicar los lazos que unen al Espacio con nuestra Tierra. Es así como una comunión más estrecha se establece entre aquellos que se inclinan bajo el peso de la carne y aquellos otros que de ésta ya se han liberado.

De lo Alto, corrientes de fuerza, de inspiración, de recursos fluídicos viértense sobre la humanidad. Una Revelación Nueva se difunde por todos los puntos de nuestro globo. Revelación poderosa que elevará la vida planetaria hasta horizontes más esclarecidos de sabiduría y luz divina.

7

Los acontecimientos que se produjeron hace algunos meses, suscitaron muchos comentarios y preocuparon a muchos espíritus. A efectos de no permanecer dentro del círculo de los temas propios de las circunstancias momentáneas, ahora dejaremos en suspenso nuestro asunto habitual para considerar desde lo alto la cuestión política y social, tal como si lo hiciésemos desde el Espacio.

Desde el punto de vista de la evolución, nos hallamos en un pasaje incierto del camino en que nos será preciso reflexionar sobre qué rumbo hemos de seguir en el futuro. Toda sociedad es regida por principios que, con el transcurrir del tiempo, revisten aspectos nuevos. Los recientes movimientos políticos -hemos dicho- son provocados por reencarnados que ya desempeñaron un papel importante en los tiempos revolucionarios, sea en nuestra Francia o bien en el extranjero, puesto que los Espíritus no son inducidos a renacer en el mismo país. Francia viene, desde hace siglos, representando en el mundo las grandes tradiciones históricas; pero esta tradición, que era realista, fue quebrada por la revolución. Hoy es preciso reconstruir el prestigio de Francia por medio de una dirección y orientación nuevas inspiradas en un ideal superior.

Ya se puede prever que el Espiritismo, marchando a la par con la ciencia, se mostrará en el porvenir como la base de las doctrinas religiosas y llamado a sustituir a los dogmas envejecidos. Estos se adaptaban a la mentalidad de los tiempos en que fueron establecidos, mas hoy ya no responden a las necesidades de la humanidad en incesante progreso.

Conforme a mis precedentes capítulos, yo me ubiqué entre los socialistas. Pero tuve el cuidado de manifestar que no acepto el Socialismo sin la concepción espiritualista que lo temple, lo dulcifique, quitándole toda expresión áspera y violenta. Repruebo al socialismo materialista que sólo siembra el odio entre los hombres y, por consiguiente, se manifiesta infecundo y destructivo, como se puede observar en Rusia. Soy evolucionista y no revolucionario.

Creo un deber dar la palabra a nuestros guías y protectores invisibles, entre los cuales muchos de ellos participaron en la dirección política del último siglo. Uno de ellos nos dijo:

"Vuestro tiempo tiene una grande importancia. Vuestros hombres políticos no ven, en general, más que el aspecto práctico y material; la razón y el interés son sus guías, y en ello radica, en gran parte, lo que constituye la política de las izquierdas. Eso, sin embargo, está lejos de ser suficiente para satisfacer la vida intelectual y moral de una grande nación. Es preciso acudir, tarde o temprano, a las doctrinas espiritualistas para brindar a esta política toda su grandeza y su alcance.

"Los cambios de forma causaron alguna sorpresa, pero la política de vuestro antiguo ministerio no hacía otra cosa que revivir las tendencias antiguas que no podían ofrecer la dinámica necesaria a la obra progresista.

"Hubiésemos preferido que los cambios formales se hiciesen, inicialmente, en el terreno filosófico, dado que entonces el Socialismo sería iluminado por una luz más viva y más pura. Hubiera sido mucho más fácil beneficiar a las instituciones humanas con el rayo superior que las habría inspirado desde el comienzo. Por ello, nuestros objetivos son de éstos ser encarados desde el punto de vista psíquico; ahora, desde el punto de vista práctico, descendamos a la arena y veamos qué es lo que se produjo.

"Los hombres políticos que se proponían el renacimiento de las instituciones del pasado, animados de deseos de renovación, chocaron con fuerzas poderosas propias de los sectores conservadores. ¿Cuál será el resultado? Asistiréis a luchas, a discordias, de lo cual nacerá, dentro de algún tiempo, un nuevo partido.

"El golpe de fuerza constitucional puede parecer nada más que un choque, mas el choque produce la luz, la claridad. Lamentando que la evolución no sea impulsada por un ideal superior, no podemos impedir, desde el Espacio, que las ideas sigan su marcha. Con todo, corrientes de pensamiento nos son enviadas desde mundos más evolucionados a efecto de que vuestras miradas se dirijan hacia el futuro y que vuestros dirigentes lleguen a comprender la existencia de la vida universal y sus leyes.

"Desde el Espacio se trabaja por ampliar las concepciones del hombre de derecha y a moderar los impulsos de los extremistas. Es necesario saber esperar sin mucho optimismo y propiciar, en orden y con la razón, la eclosión de los principios nuevos".

Otro mensaje del 6 de mayo de 1924, después de las elecciones, nos decía:

"La voluntad soberana del pueblo decidió que dos grandes principios deberían inspirar la dirección política de vuestro país en el interior y en el exterior. Si los cerebros de los hombres políticos se impregnaran de fuerzas del Espacio, de ello resultaría un cierto bien. Debemos procurar que Espíritus sabios brinden intuiciones a vuestros hombres de Estado.

"En cuanto los electos estén ante la realidad, deberán constituir, al principio, una mayoría con tendencia izquierdista. Si ésta no se integrase con hombres conscientes, apasionados por la libertad y la independencia, resultará de ello una política estéril, sin provecho alguno.

"Es preciso que prepondere un espíritu nuevo, comparable a un vino generoso vertido en las venas del pueblo, que produzca un ardor mayor y una ansia de progresar sin cesar.

"Desde el punto de vista científico se ven surgir nuevas teorías y la política debe contribuir en un movimiento paralelo. La nueva mayoría se va a inspirar en doctrinas socialistas dentro de los límites de la justicia, del buen sentido y de la razón.

"En relación a los fenómenos científicos nuevos es necesario ofrecer también hechos políticos del mismo carácter. El pensamiento

evolució, muy apasionado, por lo que corre el riesgo de desviarse. Es preciso para ustedes vivir, moralmente hablando, un cierto entusiasmo que les ayude a elevarse hacia la vida superior.

"Choques se han de producir en la apertura de las Cámaras; los republicanos se enfrentarán cara a cara con los socialistas y éstos estarán en desacuerdo con los comunistas. Al principio, la fusión será muy dificultosa. Cuando los futuros gobernantes deban pronunciarse sobre los problemas a resolver, su inclinación los conducirá hacia las soluciones pacíficas.

"Cuatro años de legislación son pocos, mas, si en ese lapso la política nueva adoptada adoleciese de fallas, la opinión general la volverá atrás. Hoy la política de arbitraje parece tomar en el mundo preponderancia sobre aquella tomada con mano de hierro, dictatorialmente.

"Para que la Tierra evolucione y el hombre pueda alcanzar otro planeta, es necesario renunciar a las ideas militaristas. Una nueva era psíquica se prepara para los terráqueos. Propuestas sensatas han de producirse y no habrá otra guerra en los próximos cuatro años. Es esa la oportunidad para expresarse aquellos que se negaban a volver al pasado, pues esta es la hora de inspirarse en instituciones del futuro y no en aquellas otras del pasado.

"La primera medida será la de reforzar el espíritu laico y hacer penetrar en la instrucción ese sentimiento de belleza que dulcifique las disciplinas políticas, morales y científicas, dando origen a una fuerza de espiritualidad que no deberá jamás debilitarse.

"En los siglos anteriores la religión fue necesaria. La espiritualidad simple marchaba a la par en los ámbitos científicos apenas nacidos, pero ahora aquel vacío dejado fue ocupado. Las ondas fluídicas que nos envuelven depuran el pensamiento. Digan a todos que el culto de la belleza y del ideal puede, él solo, conducir a la humanidad hacia una comprensión más dilatada de la vida universal".

Otro mensaje del 30 de mayo de 1924, decía:

"Francia, en este momento, está cumpliendo un período inestable que debe mantenerse por algún tiempo. Asistirán a choques, cambios de ministerios, sobresaltos políticos, alianzas de partidos que los espantarán; después, la tempestad se calmará y nacerá en el seno de la Asamblea un nuevo partido, se reconstituirá una mayoría más estable y se vivirá un período relativamente pacífico.

"De vuestro antiguo Presidente del Consejo aprecio la lealtad y el amor al país, su dedicación y facilidad para el trabajo, mas, lo que le falta, es una especie de intuición que le indique que ciertas posibilidades tienen límites. Es perfectamente necesario hacer concesiones para ganar de nuevo el terreno perdido en la lucha política. Él comprenderá su error y comenzará algún día la tarea iniciada. En un régimen republicano es conveniente que no sea el mismo hombre quien gobierne constantemente; la naturaleza humana no puede exteriorizar todas las cualidades necesarias.

"No estoy completamente de acuerdo con los políticos que van a asumir el poder. Me agradecería aliar un ideal superior a las ideas políticas

humanas. Los políticos actuales extraen todo de su Yo consciente. Los gobiernos que van a sucederse son necesarios para lograr una comprensión entre los partidos de derecha y de izquierda. Ellos van a tomar en la izquierda lo que puede ser tomado en vuestra sociedad actual.

"Creo que los hombres que serán llamados a gobernar estarán obligados a circunscribir su programa dentro de un círculo más estrecho.

"Desde el Espacio yo puedo decirles que, para la estabilidad de Francia y del mundo, es preciso acudir a las teorías humanitarias, nacionales, racionales y positivas. El día que vuestra dirección política estuviere estabilizada, la ciencia irá marchando progresivamente y vuestros cerebros estarán más aptos para comprender que una espiritualidad nueva está a punto de surgir y que la humanidad se debe impregnar de racionalismo.

"Nosotros proyectamos radiaciones susceptibles de dar a las fuerzas evolutivas las que le son necesarias para equilibrar el cerebro de los hombres políticos, a efecto de alcanzar un período de paz".

Y un mensaje del 11 de julio de 1924, decía:

"Desde el punto de vista psíquico la situación europea se debe aclarar. Desde el Espacio no podemos analizar cada pensamiento tomando como mira el aspecto político, puesto que todo se traduce por más o menos pureza, por colores más o menos claros y densidades fluídicas variadas.

"Cuando dirigimos nuestra mirada sobre los diversos sectores de vuestro planeta vemos que las luchas son más o menos violentas. En la hora actual se trata de circunscribir un foco representando los apetitos y el espíritu de dominación existente en 1914. Dos medios están a vuestra disposición para ello: anular los malos fluidos a través de una voluntad inquebrantable o disolverlos proyectando sobre los mismos otros fluidos más etéreos, cuya naturaleza ha de estar en relación con la elevación de la conciencia y el sentimiento de justicia. Así es como se presenta la carta psíquica de vuestro campo de batalla política.

"Francia e Inglaterra podrían, si lo quisiesen, conjugar sus esfuerzos para comprimir a los círculos adversos. Poca cosa se necesitaría para ello, mas este poco es difícil de alcanzar. A la fe inglesa le falta sinceridad: ella está fundada sobre un pensamiento preconcebido. Quiriendo evitar una nueva guerra con Alemania, ella asume el liderazgo del mundo dictando a todos su voluntad.

"En Francia el ideal nacionalista no es suficientemente aliado con una concepción de justicia y de equidad; lo que nos impide actuar desde el Espacio es que fuerzas opuestas ahí suscitan controversias incesantes.

"Sería preciso que el egoísmo inglés diese lugar a un sentimiento de justicia que se confundiera fluídicamente con las irradiaciones idealistas francesas, las cuales se quiebran frente a la lógica implacable de vuestros aliados.

"Por tanto, tres fuerzas están presentes: la fuerza brutal alemana, el ideal incompleto francés y el egoísmo y la lógica puritana ingleses.

"Las conferencias entre los dos primeros ministros no han llegado a un gran resultado. En Inglaterra existen en juego intereses alemanes y objetivos financieros.

"En lo Alto desearíase que surgiesen en vuestro país hombres honestos, íntegros, con un ideal formado sobre la base del amor al país y con la ansia de la justicia social. Vosotros lo poseéis, pero en agrupamientos separados.

"El Ideal Espírita va en crecimiento, mas, antes que vuestras fuerzas radiantes se unan a las nuestras es preciso que la tempestad espiritual sea pacificada".

Puedo agregar a la clara visión de estos grandes Espíritus que todos ellos han desempeñado un papel político importante en el tiempo de su última encarnación terrestre. Con ellos, yo soy republicano, pero sin que ello signifique considerar a nuestra República como el más perfecto de los gobiernos. Desde este punto de vista, yo comparto la opinión de Montesquieu, que manifestaba que la República exige la intervención de la sabiduría y la virtud. Falta a la nuestra -tal como dicen nuestros Guías-, el Ideal superior y la grandeza moral que hacen a la elevación de las naciones. En realidad, yo apoyaría, como tantas otras personas, una monarquía constitucional, si supiese que ella pudiese lograr mayor paz y felicidad a mi país. Pero creo que una restauración de este género es imposible, dado que faltan los elementos necesarios, como ser: el respeto a la autoridad, el sentimiento de jerarquía y el sometimiento a la disciplina.

Por ello estoy a favor de la democracia, dado que considero que sólo ella me parece capaz de asegurar la pacificación y la unión entre los pueblos. Los Estados despóticos y la política de los soberanos son naturalmente llevados al empleo de la fuerza para acrecentar su poder, mientras que las democracias, donde el conjunto de los ciudadanos se debe pronunciar sobre las cuestiones viables, son poco favorables a la guerra que, lejos de hacer progresar a los pueblos, los arruina. Es así como en nuestro tiempo procuramos crear instituciones suficientemente sólidas a efecto de regular el arbitraje de los conflictos entre las naciones.

Recordemos aquí las dos más antiguas repúblicas del mundo: Suiza y los Estados Unidos de América del Norte; ambas, en sus obras fundamentales, se inspiraron en un ideal sagrado. El pacto de Grutli y el de los inmigrantes del My Flower unía a los contratantes en un lazo federal sancionado por una fe espiritualista y una oración elevada a Dios.

Este sentimiento persistió, mostrando la grandeza de estos pueblos que siempre supieron reaccionar frente a los usurpadores de la política utilitaria y materialista que tiende a invadir al mundo. Francia también tuvo sus tiempos de idealismo y de espiritualidad. La Declaración de los Derechos del Hombre y las publicaciones de 1848 dan de ello un irrecusable

testimonio; hoy, sin embargo, ella parece haber olvidado ese ideal superior que hace la grandeza de las obras humanas. La última guerra (se refiere a la de 1914-1918) alteró en mucho los caracteres y las conciencias, desencadenando apetitos y codicias ilimitadamente.

Otrora, se conocían dos maneras de hacer frente a las necesidades de la existencia: adquiriendo riquezas o bien restringiendo los elementos para subsistir, procediendo en relación con la economía. Este último medio -el más seguro-, sin embargo, cayó en desuso. Se quiere poseer a todo precio. Las necesidades se han multiplicado hasta tal punto, que la lucha por la vida se ha tornado más áspera, más tiránica. También el trabajo, la tarea cotidiana que se realizaba tiempo atrás con alegría, con constancia y buen humor; el trabajo, bien entendido como un bien sagrado de la vida, se ha convertido para muchos en una contrariedad, un yugo que se soporta con mucho disgusto.

Se ignora que multiplicando las necesidades ficticias, atizando los deseos superfluos se está preparando la desgracia del Ser, no sólo en la Tierra, sino también en la vida del Espacio, dado que, si las necesidades desaparecen con el cuerpo, los deseos y apetitos, que son propios del Espíritu, persisten en él y las privaciones se hacen sentir en el Más Allá, donde la materia no ejerce más su imperio. La falta de las cosas que mucho anhelamos se nos muestran como una causa insalvable de sufrimiento.

Para todos esos males, ¿cuál será el remedio? Éste puede ser hallado en la renovación del espíritu y del corazón, es decir, en una educación nacional que explique al hombre el porqué de su presencia y de su estada sobre la Tierra, pues, ¿de qué vale conquistar los aires, las aguas y todas las fuerzas materiales si el ser humano no aprende a conocer y discernir con certeza las finalidades de su vida? Y si el remedio no se halla en las cosas y en la ciencia, él vendrá a través de las pruebas, pues los sufrimientos amargos son los más eficaces para el progreso y la depuración del Ser. Pero una nueva fase de la evolución humana se inicia y con ella una colaboración más estrecha con el Mundo Invisible, de lo cual, por la unión de estos dos esfuerzos mancomunados de los habitantes de la Tierra y del Espacio, se disiparán las tinieblas y se erradicarán los males que pesan dolorosamente sobre la humanidad.

8

Si consideramos la obra de la Tercera República, haciéndose abstracción de las críticas que ella pueda merecernos, no se podría desconocer el grande esfuerzo social que ella realizó, esfuerzo del que resultan ventajas considerables en provecho de la masa trabajadora. Esas ventajas se resumen en lo siguiente: seguros sociales, jubilación de los trabajadores, participación en los beneficios de un grande número de industrias, protección de las cooperativas y de las mutuales en todas sus formas. Por otra parte, cursos de aprendizaje de variados oficios fueron establecidos en toda Francia. 160 mil trabajadores ya se habían beneficiado en 1916, pero esa cifra se elevó a 1.200.000 en 1923.

El Ministerio de Trabajo acaba de publicar un resumen sugestivo de reformas realizadas en el campo que le compete. Se señalan en él intentos audaces y transformaciones decisivas en cuanto a la obra social. El papel de este Ministerio es de importancia capital; él consiste en asegurar la producción nacional, regular el mercado del trabajo, arbitrar sobre las huelgas y pacificar en cuanto a los conflictos laborales. Gracias a su intervención Francia, que contaba algo más de 120 mil trabajadores desempleados en abril de 1911, en 1923 no tenía más de un mil quinientos. Él creó, para ello, el trabajo denominado de seguro y dotó a las cajas de desempleo, creadas por los sindicatos, de subvenciones considerables.

El derecho a la huelga legítima es un arma del trabajador contra las pretensiones exageradas de los capitalistas y de los empresarios de la industria y el comercio. Pero es un arma de doble filo que se vuelve a veces contra el que la esgrime, hiriéndole. Por lo demás, las huelgas, prolongándose, pueden paralizar la vida económica de un país y causar privaciones, sufrimientos crueles a todo un pueblo, sin distinción de clases. Es entonces que la acción del Estado puede y debe ser eficaz, no imponiéndose como árbitro obligatorio, sino haciendo entender a todos, a través de sus representantes y con palabras de pacificación y conciliación transmitidas a los interesados, los medios oportunos para el reemprendimiento de la obra específica y fecunda del trabajo. Por ejemplo, en 1922 se produjeron 679 huelgas, afectando a más de 40 mil trabajadores, las que fueron arbitradas con todo éxito.

Por lo demás, la acción cooperativa, bajo todas las formas, alcanzó un grande incremento, convirtiéndose en un valioso recurso para el mejoramiento de las condiciones del trabajador y su familia. El número de cooperativas de consumo se elevó a 4.910 en 1920, con dos millones quinientos mil adherentes y un presupuesto de 2 billones.

Fue así que, desde hace medio siglo vemos desarrollarse la obra social de una manera lenta, es verdad, pero segura y continua; obra de paciencia y de un prolongado aliento, pero mucho más eficaz, en sus efectos, que las

revoluciones violentas que llevan fatalmente a reacciones no menos violentas y dolorosas.

Mas a pesar de todos estos progresos el pueblo está aún descontento, la clase trabajadora parece desdeñar la realización gradual y metódica de los procesos sociales, una especie de acrimonia persiste en un grande número de trabajadores, a pesar que la situación general de ellos es, en general, hasta preferible al de la pequeña burguesía.

¿Por qué el pueblo se mantiene desconfiado y a veces hostil? Es que él fue por mucho tiempo engañado, subestimado y llevado al estado de su pasado en que fue expoliado. El pueblo se conserva incrédulo no sólo al respecto de los dogmas fideístas, sino también en cuanto a las promesas electorales; con todo, él no es escéptico. Lo que él pide antes que nada es justicia. Y esta aspiración que él anhela y cultiva hacia la justicia inmanente ¿no es un sentimiento poderoso y casi religioso? Se puede encontrar él en el fondo de la conciencia, conservándose ahí, en medio de la incerteza y la contradicción, lo que nos orienta hacia un estado mejor. Nos faltan instituciones que cultiven la justicia en la familia, en la sociedad, y que de ella hagan el móvil de todas las acciones.

En este sentido hay mucho aún por hacer, dado que todo no se reduce a asegurar al trabajador el pan y la vivienda. El pueblo no tiene sólo necesidades materiales, él pide también tener acceso a poder cultivar sus facultades superiores. En la instrucción se advierte mucha negligencia debida a una política materialista, por su insuficiencia y sus falsos métodos que contribuyen a mantener el malestar que padecemos. El pueblo, reconocido soberano, tiene necesidad de ser más y mejor conocido a través de sus votos y sus juicios, su sentir y su pensar.

Es preciso preocuparse por dar al hombre una fe libre y desinteresada que lo sostenga en sus pruebas, una creencia racional que le permita reaccionar contra las causas de la desdicha, de la infelicidad. Es llegada la hora de sustituir el dogma fideísta envejecido por un ideal científico y esclarecido en armonía con la evolución humana. Entonces el pueblo mostrará todas las cualidades buenas que subsisten en él y se verán disipar los preconceptos y la desconfianza que la democracia inspira aún a ciertos espíritus inquietos.

En efecto, el problema intelectual se relaciona estrechamente con el problema moral. Los dos nos imponen el deber de combatir el alcoholismo y todos los vicios que entorpecen el desenvolvimiento progresivo de la humanidad. Es necesario enseñar al hombre a respetarse él mismo, a salvaguardar su propia dignidad, dado que elevando su nivel moral trabaja, al mismo tiempo, para resolver todos los demás problemas difíciles de la hora actual.

El sentimiento de justicia -del cual acabamos de expresarnos- encuentra su sanción en todas las enseñanzas del Espiritismo. ¿La cantidad enorme de testimonios de ultratumba no es la prueba de que esta noción es la misma

ley del Universo, la regla suprema de los seres y de las cosas? Unida ella a la ley de evolución -que con ella forma un todo armónico-, esta prueba proporcionaría a las instituciones fundamentadas en el progreso de la justicia una fuerza moral incomparable y una especie de consagración.

No nos olvidemos que la solución de estos problemas sociales no podría ser total, completa, satisfactoria ni definitiva mientras un pensamiento elevado no viniere a irradiar sobre las inteligencias y los corazones; mientras el impulso de solidaridad humana no viniere a disipar los malentendidos de los sentimientos que separan aún a los partidos y a las clases, facilitando la fusión de los intereses y la unión de los esfuerzos en la concreción de la obra común. Serían necesarios más conciencia en unos, más justicia en otros y un sentido de los deberes y de las responsabilidades que incumben a todos en la medida de los recursos y del poder de cada uno.

En este grande pensamiento, en este noble ideal, en estos sentimientos elevados se inspiraba Jean Jaurès en sus discursos y en sus actos, y de ahí la fuerte impresión que él ejercía sobre sus oyentes. Después de su muerte procuramos entre los socialistas aquellos que fueran dignos de sustituirlo, conservando la esperanza de verlos surgir algún día.

Esperar, es una grande doctrina que viene a mostrar a todos los lazos de eternidad que nos religan a través de una vida renaciente en nuestra marcha hacia una misma finalidad grandiosa y remota. Sólo ella nos puede ayudar a resolver los numerosos problemas que inquietan y apasionan aún al espíritu humano.

El Socialismo del futuro será el Socialismo espiritualista, pues realizará el ideal basado sobre el desenvolvimiento de las más altas facultades del alma. Sólo él podrá disipar los prejuicios de castas, de razas, de colores, de religiones y logrará hacer nacer un sentimiento profundo de fraternidad universal.

¿Cuál será su programa de acción en un período de luchas que, habiéndose cerrado, deberá coronar su obra de regeneración social?

Consideramos que dicho programa se podrá resumir en lo siguiente:

- Asegurar el alimento a los ancianos y el abrigo de un hogar a los trabajadores agotados por la edad y las enfermedades.
- Brindar a los niños el pan intelectual necesario, esto es, instruirlos en cuanto a sus deberes y a la grande finalidad de la vida; iniciarlos en los principios que hacen del Universo y del conjunto de existencias un todo armonioso del cual es parte integrante, actuante y responsable.
- Proteger a la mujer contra las debilidades mórbidas y las seducciones funestas, proporcionándole, en el estado de gravidez, el trabajo manual que le haga posible la vida familiar y la educación de sus hijos.

- Asegurar a todos una parte del bienestar proporcional a la tarea realizada y a los servicios prestados en la obra social.
- Tornar accesible a toda alma humana las enseñanzas, las consolaciones, las luces que proporcionan el cultivo del bien y de lo bello en sus formas diversas: arte, literatura, poesía y todo cuanto constituye un medio de elevación, moralización y perfeccionamiento; todo lo que es eficaz para apagar en el alma las manchas de su pasado, todo lo que prepara al Ser para sus objetivos finales y reales. En pocas palabras: proporcionar al ser humano lo que él vino a cobrarse de la existencia, esto es, según la ley de evolución, un escalón o grada para subir más alto en la jerarquía de las almas y el desarrollo de las cualidades potenciales del espíritu y del corazón.

Me proponen, relacionado con la economía social, una serie de cuestiones de las que voy a intentar resolver las siguientes:

¿Por qué -me preguntan- el plan de las reformas sociales, tan legítimo y tan urgente, está tan lejos de realizarse? ¿Qué debemos pensar del conflicto permanente entre el capital y el trabajo, del sindicalismo, de la CGT y de la ley de las ocho horas de trabajo? ¿Cuál es la fórmula más práctica para una cooperación entre los trabajadores y los intereses del Estado?

El Socialismo, aun en sus reivindicaciones más legítimas, pone en juego aspectos contradictorios que lo obligan muchas veces a ceder. Si en los medios parlamentarios, en el seno de la oposición él se muestra intransigente, desde que retornó al poder se lo ve moderado en su acción y suspender su programa de reformas, volviéndolo contemporizador. Ramsay Macdonald era en la oposición, en la Cámara de los Comunes, el más virulento orador laborista, mas cuando fue designado Primer Ministro se expresó por una conciliación entre las reformas nuevas y las leyes antiguas de la sociedad inglesa. Ordenaba, a aquellos que pretendían reformar en un día a los hombres y a las instituciones, dejar para más adelante la nacionalización de las minas y los ferrocarriles soñadas por su partido.

"Nuestro programa de reformas -dijo él- será obra de generaciones sucesivas, y aun cuando estemos muertos y olvidados, la tarea continuará. El ideal de un grande futuro se delinearé claro delante de nuestro pueblo". Ramsay Macdonald no creía ni aceptaba la existencia de clases opuestas ni tampoco las luchas sociales, así como la revolución fatal ni la revolución posible (*Journal de Geneve*, 2 de setiembre de 1924).

En un sentido diferente, la URSS, que otrora había abolido el capital y la propiedad, se apresura hoy a solicitar empréstitos a aquellos que pueden

ofrecerle grandes sumas con la garantía de concesiones de minas y del fruto de cosechas.

En Francia, los socialistas tendrán mucho cuidado de no caer en tales excesos, pues saben que el capital es una fuerza, es la reserva de los pueblos, y ello se lo ratifica viendo que los bolcheviques no pueden intentar un resurgimiento de su país sin apelar a los créditos. Por todas partes los tenedores de títulos son legiones y se los encuentra hasta entre los más humildes trabajadores.

Es así como el Socialismo actúa por la fuerza misma de las cosas. Él reconoce que el capital es necesario para la realización de los grandes trabajos y la continuidad de las actividades con el empleo de la mano de obra. Su objetivo fundamental ha de ser, entonces, la repartición más equitativa y más justa de la riqueza entre los diversos sectores de la producción. En cuanto a los excesos provenientes del mal uso del poder financiero, esto se lo puede reprimir a través de leyes sabiamente concebidas.

Enumeramos anteriormente las innovaciones creadas por el Estado en favor de la clase trabajadora, por lo que a este tema no volveremos a referirnos. Agregamos sólo que la burguesía no ve sin temor su ingerencia en la producción industrial. Es que la experiencia demostró que el Estado es muchas veces un mal productor, un empresario oneroso. Las exigencias de los trabajadores y de los funcionarios que él emplea, eleva el precio de venta del producto a cifras que hacen imposible la exportación. Los demás Estados, aquellos que tienen establecido un régimen de libertad, como los Estados Unidos, mantienen su supremacía sobre todos los mercados y sus ventajas serán tales, que ellos no soñarán jamás con adoptar los métodos del estatismo.

Un Socialismo sabio y avisado deberá incorporar a su obra general una vasta parte de la iniciativa privada, que es fuente de energía, de emulación y de concurrencia fecunda.

En lo que concierne a las grandes asociaciones patronales y obreras, las federaciones sindicalistas deben reconocer, en el mismo grado, su justa razón de ser en la medida exacta en que colocaran el interés superior del país por sobre los intereses de castas, sectores o corporaciones. Es preciso aceptarlos como legítimos a condición de que no se salgan de su papel social, absteniéndose de cualquiera ansia de dominación que tienda a la opresión de una clase sobre la otra, que a su vez produce las reacciones en contrario.

¿No es un instinto natural que lleva al hombre a agrupar sus fuerzas ante la inminencia de un peligro, una dificultad a ser vencida? El orden social debe comportar la libertad de asociación, manteniendo un justo equilibrio entre sus diversos sectores y fuerzas y oponiéndose a los usurpadores, cualquiera de ellos que fuere, pero cada cual velando por sus intereses propios.

En el orden económico, la solución del problema está en la asociación del capital, motor indispensable de toda empresa, de la inteligencia directiva y de la mano de obra que ella ocupa. En esto -como en todas las cosas-, la equidad debe presidir la distribución de los bienes. Ésa es la finalidad mediata y terrestre del ideal democrático y el porqué las masas trabajadoras cifraron en ella su fe y su esperanza.

Sin duda, el acuerdo no es fácil de ser realizado. Los conflictos periódicos que se producen en la fábrica de vidrio de Albi entre la dirección y el sindicato de los trabajadores, lo demuestran. Sin embargo, ¡nada se logra sin esfuerzo! Debemos idear innovaciones felices que logren la fórmula más práctica para la solución del problema cooperativo: ciertas industrias grandes, inglesas y estadounidenses, crearan lo que ellos denominan *La'actionniat coparinership*, esto es, la participación del trabajador en una parte del capital que él adquiere poniendo en obra una parte de su economía y de su sueldo, completados por la dirección en la proporción del tiempo y del servicio realizado. Otras empresas han creado *acciones de trabajo* que se suman a los salarios de los trabajadores especializados, de modo que ellos se convierten, de esa manera, en copropietarios.

La experiencia muestra que estos sistemas son preferibles a la simple participación en los beneficios, puesto que aseguran una repartición más justa en las pérdidas y en las ganancias.

En cuanto a la ley que fija las ocho horas de trabajo, si su aplicación parece justificada para ciertas industrias, como la minera, la metalúrgica, la del vidrio, etcétera, en otras ella da motivo a verdaderos abusos. Por ejemplo: las compañías de ferrocarril tuvieron que aumentar su personal en proporciones que ocasionaban gastos excesivos. Les fue necesario aumentar las tarifas de los transportes, por lo que se convirtieron en un inconveniente insalvable para la causa permanente de la carestía de la vida. Mas, aun desde este punto de vista, la libertad de trabajo nos parece preferible, sobre todo ahora que el trabajador posee, en su sindicato, la manera de luchar con armas iguales con su patrón. Además de eso, la ley de las ocho horas ya sufrió tantas modificaciones y derogaciones que hoy no es más que una letra muerta. Desde este punto de vista, como desde tantos otros, la necesidad obliga a transaccionar. Para producir todos esos elementos benefactores, el Socialismo no se debe confinar en el realismo de corta vida y desconocer la importancia del factor moral en la solución de los problemas que él quiere resolver.

El Espiritismo es un poderoso medio de propagación y de realización de todas las ideas sublimes, generosas y humanitarias. Él ofrece al Socialismo una base y una sanción demostrando que los principios de solidaridad, de fraternidad y de justicia, que constituyen su propia esencia, se hallan inmanentes en las leyes universales y son la regla de los mundos superiores.

Hasta aquí, el Socialismo no ha podido vencer los preconceptos que se dirigieron contra él. El Espiritismo viene -con su elevada doctrina y su ciencia experimental- a traerle los recursos necesarios para triunfar sobre los obstáculos y allanar su camino. Ya los resultados de ese grande movimiento depurador del pensamiento surge ante los ojos de aquellos que saben observar su marcha y calcular sus vastas consecuencias.

Además, del propio seno del partido socialista surgirán hombres dotados, por la palabra y la pluma, que encontrarán en él los argumentos decisivos en favor de su causa. El estudio del Espiritismo les demostrará la solidaridad que los liga a la humanidad invisible como dos partes de un mismo todo; les mostrará la evidencia de que las condiciones de vida en el Más Allá son la consecuencia de nuestros actos, que ellas están regidas por el principio de la soberana justicia, por lo que es necesario que se las conozca para saber establecer sobre la Tierra leyes e instituciones sociales sabias y armónicas con ellas.

FIN